

Hola,

Si te contara cómo nació esta historia probablemente entenderías su significado. Quiero ser la persona que yo no tuve, quiero que seas valiente y nunca te conviertas en el adulto que todos piensan que deberías ser, descubre quién eres y atrévete a ser tú mismo.

Espero que disfrutes este libro. Antes de que empieces voy a advertirte: tendrás que leer como si fueras ese niño que le tenía miedo a sus sueños y al que no le importaba hacer locuras, el que se enamoraba con facilidad, el que se reía por cualquier tontería, el que anhelaba crecer o pensaba que el mundo se le caía encima. Y si estas palabras te suenan, disfruta.

Recuerda que todos alguna vez fuimos o somos Natalie Drop.

ZELÁ BRAMBILLÉ

*Para mis Zucaritas ♥
Y para los dos terrones que endulzan mi café.
No importa qué tan amarga sea la vida,
puedes agregarle azúcar.*

prefacio

¿Has estado aburrido?

Si la respuesta es no, déjame decirte que la suerte está de tu lado. Seguramente eres tan productivo que tu vida estará llena de éxitos, cumplirás tus sueños, te casarás el día de los enamorados y tendrás una escultura de hielo con forma de cisne, te verás bien como velita en el pastel de bodas, aunque a la mayoría de esas velas deberían encerrarlas bajo llave. En pocas palabras: no sufrirás lo que el resto de las personas.

Como la vida no es perfecta, a menos que seas Bill Gates y puedas comprar medio planeta, tengo una teoría: todos nacimos estrellados.

El aburrimiento es la primera señal, debería prestar atención en lugar de contar los pájaros colgados en el cableado. El profesor de matemáticas da un discurso apasionado, mi vista cae en un chicle masticado pegado bajo la paleta de un pupitre, hago una mueca de asco que se borra en segundos al identificar quién está ocupando ese asiento.

¡Qué casualidad!

Observo al chico sentado en la parte delantera del salón, yo soy más de los lugares de en medio, no me gusta que los maestros estanquen sus ojos de águila en mí y me hagan preguntas. Analizo su perfil recto, me pregunto si sus padres lo hicieron con una regla, al verlo solo puedo pensar: ¡benditos genes los del muchacho!

Es alto y está en forma, su cabello negro y sus ojos marrones son perfectos, tiene lunares regados en el rostro que hacen que parezca una deliciosa galleta con chispas de chocolate.

¡Ya sé hacia dónde se dirigen tus pensamientos! Y no, no es un cliché, él es un cúmulo de contradicciones. Usa lentes gruesos como los de un típico *nerd*, pero llega en motocicleta todas las mañanas. Es inteligente y hace la tarea, no obstante, se codea con los populares del instituto y va a las fiestas más geniales. No es mujeriego, sin embargo, ha tenido unas cuantas citas.

Suspiro con pesadez, no entiendo por qué no me mira, no es como si fuera horrible, sé que tengo lo mío. Nunca lo hace. ¿Tan ciego está que no se da cuenta de que me paso mirándolo la mitad de la clase? Quizá sus lentes necesitan aumento.

Solo hemos hablado una vez: iba caminando tranquilamente por el pasillo cuando ¡boom!, tropezamos. *Cof, cof...* Juro que no fue intencional. Le dije que tuviera cuidado, me lo agradeció. Por supuesto que nos *shipeé* toda la semana, ¡viva *Shatalie!*

Nunca volvió a pasar, pff.

Trazo una línea vertical que divide la hoja por la mitad. En el lado izquierdo escribo la palabra *pros* y en el otro lado, *contras*. El sujeto por analizar es llamado Shawn, jodidamente lindo y platónico, Price.

Pros:

1. *Es atractivo, podría lamerlo como a un caramelo.*
2. *Lo obligaría a que hiciera mis tareas de matemáticas.*
3. *Puede que también haga otras tareas, incluso se puede convertir en mi esclavo.*
4. *Pasearíamos en su motocicleta.*
5. *Es amigable y carismático, así que no tendría que preocuparme por iniciar la conversación.*
6. *Sus ojos son tan bonitos que se me acelera el corazón.*

Contras:

1. *No tiene idea de que me gusta.*
2. *Sigue a Hannah Carson a todas partes (como perrito faldero).*

Uno

NATALIE

Muerdo mi lápiz y no, no es por hambre, la razón se llama Shawn Price.

Soy el tipo de chica a la que le gusta dibujar corazones en la parte trasera del cuaderno, la que luego hace dibujos de palitos y bolitas tomados de la mano, adoro fingir que somos nosotros. Ya te estarás imaginando que soy una demente a la que le gusta espiarlo por debajo del flequillo. Adivina... ¡Acertaste, listillo!

La verdad es que mi pasatiempo favorito es mirar su trasero.

¿Qué? ¿Una chica no puede disfrutar de esos placeres terrenales? ¿Solo los chicos pueden? ¡Bah! Mírenme a mí, mordiendo el borrador del lápiz verde estoy muy distraída, más bien atraída hacia ese punto en particular.

Aunque también me gustan sus ojos café, ni hablar de sus labios gruesos y de su cabello revuelto. Creo que sus gestos son adorables y su forma de caminar muy comestible. Si bien no es el más musculoso y atractivo, tiene su propio encanto. Yep.

Shawn camina hacia el escritorio del profesor Golden y entrega su examen, seguro va a sacar otra de sus notas altas. ¡Maldito caliente sabelotodo!

Sale del salón sin mirar atrás. Muy en el fondo le doy las gracias al cielo, sería muy incómodo que me viera babeando por él.

¡Genial! Ahora tendré que responder la endemoniada cosa llena de operaciones matemáticas que más bien parecen jeroglíficos egipcios. Hasta creo que vi una casita, ¿o era una división? Da igual.

El timbre suena, yo dejo que mi cabeza se estampe en el banco sin importarme si me hago un chichón. Voy a reprobar otra vez, solamente contesté una pregunta: mi nombre.

Así de patética soy.

—Rápido, quien no me entregue su examen ahora tendrá un lindo cero de calificación —dice el profesor. Al menos son lindos porque de esos tengo muchos.

Mis compañeros se levantan para entregar la prueba, solo entonces hago lo mismo. Voy y pongo la hoja en el montón de papeles e intento pasar desapercibida, pero hoy mi suerte decidió quedarse acostadita en mi cama.

—Espero que haya estudiado, señorita Drop. —La voz del maestro me detiene en seco. Me giro sobre mis talones y le doy una sonrisita.

—Lo voy a sorprender.

Claro que lo hará, le dará un infarto al ver mi examen. El profesor Golden está más calvo que un hisopo, su bigote está lleno de canas, es largo y delgado como una pluma. No es una mala persona, me caería bastante bien si no fuera un grano en el culo que sabe sumar.

Me mira con escepticismo, salgo del aula antes de que pueda decir algo. No estoy escapando, se le llama supervivencia, selección natural.

El pasillo está lleno de alumnos que se dirigen hacia la cafetería. Justo en ese

instante mi estómago comienza a rugir tal como lo haría una bestia indomable, estoy hambrienta. Sigo la corriente, no quiero ser aplastada por la estampida de estudiantes con apetitos alocados.

Busco a Jasmine, la encuentro a unos pasos de distancia, su espalda está apoyada en un casillero, Greg la arrincona y le come la boca, creo que va a succionarle el alma si sigue así. Giro los ojos.

—¿Es que no pueden estar separados por un minuto? —pregunto con fingida indignación.

Ellos se despegan y me miran divertidos. No me molesta que estén juntos, incluso creo que son la pareja perfecta... Algo así. Jas es una morena con caderas pronunciadas, su cabello oscuro es como el carbón, ella asegura que tiene descendencia hindú, me hace recordar a la princesa de *Aladdín*. Además de su gran atractivo, es uno de los mejores promedios de la generación. No me sorprende que Greg la adore, él es miembro del equipo de fútbol, apuesto, corpulento y con unos lindos ojos azules.

Un día mientras entrenaba con el equipo pateó tan fuerte la pelota que salió volando como un proyectil y sí, se estampó en mi cara, lo normal, soy imán para ese tipo de cosas, ya estoy acostumbrada. Si no hay desastres es que Natalie Drop no está ahí.

Se armó un circo: yo chillé, Jasmine se puso como un león furioso y el entrenador les dijo palabrotas a los jugadores cuando mi nariz comenzó a sangrar. Jas y Greg me llevaron a la enfermería y no pudieron separarse más. Tuvieron una cita, a los dos meses lo hicieron oficial.

Al menos mi nariz sirvió para algo, podría quitarle el trono a Cupido.

De todas formas, me las cobré muy caro, gracias a él puedo ir a las mejores fiestas, ya que es invitado porque pertenece a la realeza en la pirámide social, así que si voy detrás suyo me dan la entrada. Beneficios de que el novio de tu mejor amiga sea una estrella popular, ya saben.

—Tranquila, Natalie, dejaremos de besarnos el día que te atrevas a hablarle a Shawn. —Olvidé mencionar que Jas puede ser insufrible si se lo propone, como un mosquito deambulando a mi alrededor. Lanzan una risita al ver mi rostro.

—Venga, chica hamburguesa, quita esa cara. —Greg se está divirtiendo a mi costa, le gusta molestarme con mi empleo de medio tiempo, no para de hacerlo desde que me vio usando mi uniforme, ugh. Los señores Hest, mis jefes, dicen que es parte de la mercadotecnia, yo pienso que no tienen gusto para la moda o que han vivido todos estos años aislados en una caverna.

—Ja-ja-ja —remarco cada sílaba con dureza. A pesar de todo, me estoy divirtiendo—. Muy gracioso.

El pasillo se despeja, por lo que caminamos hacia el comedor, es mejor así, nos ahorramos la avalancha de cuerpos desesperados por entrar por una diminuta puertilla. Tomamos una charola y un lugar en la fila.

Analizo el menú, selecciono pastel de carne, una cubetita con caldo de dudosa procedencia, una ración de ensalada y un jugo de manzana. Busco nuestra mesa que ya está siendo ocupada por los amigos de Greg, ellos me saludan y siguen con su plática. No es como si los miembros del equipo de fútbol me dirigieran la palabra, creo que solo me saludan por cortesía, ni siquiera sé sus nombres.

Mis acompañantes se unen a mí minutos después, se sumergen en una conversación que solo ellos pueden seguir, ese es el único problema de que Jasmine tenga novio, los recesos son aburridos; antes éramos ella y yo, ahora somos tres, a veces no sé cómo lidiar con eso.

Voy a darle una probada al intento de sopa porque todos merecemos una oportunidad, no importa qué tan extraña sea nuestra apariencia, sin embargo, hago una mueca de asco cuando el olor llega a mi nariz. Sí, esa que hace milagros, acaba de ser profanada.

—¡Huele asqueroso! —exclamo, indignada. ¿No se supone que los alimentos en las escuelas deben ser sanos?—. ¿Cómo se atreven a servir esto? ¿Quieren que nos intoxicemos?

Fulmino con la mirada al caldo, esperando que se evapore, pero sigue ahí, riéndose en mi cara.

El que ríe el último, ríe mejor.

Me levanto rápidamente, tomo el recipiente con ese líquido que huele a trapeador sucio y me doy la vuelta, lista para llevarlo al bote de basura. Claro que no cuento con que no estoy sola en el lugar.

Antes de que pueda darme cuenta colisiono con un cuerpo y el caldo sale volando. Veo en cámara lenta cómo su camiseta azul es manchada por la comida y el líquido amarillento cae sobre él.

De acuerdo, creo que el caldo no solamente soltó risitas, se carcajeó al final. Las exclamaciones de asombro se dejan escuchar, mis mejillas se ponen calientes, lo único que quiero hacer es enterrar mi rostro en algún pozo como un avestruz.

¡Por favor, másticame, tierra, y escúpeme en el lado opuesto del mundo!

Sé a quién pertenece esa camisa, lo sé porque lo observé con atención en vez de contestar mi examen de matemáticas hace unos minutos. No me atrevo a mirarlo, pero termino haciéndolo.

Estúpida suerte, espero que estés descansando en mi almohada, justo donde debí quedarme esta mañana.

Dos

NATALIE

¿No les ha pasado que se despiertan y sienten que todo les sale mal? Este es uno de esos días: mi hermano menor me despertó gritando en el oído, tropecé y casi me rompí los dientes mientras me calzaba los zapatos, el examen de matemáticas no fue la peor parte, ¡este momento lo es!

El problema conmigo es que todos los días pasan cosas parecidas, soy demasiado torpe, tengo dos pies izquierdos, a mi destino le gusta ponerme en aprietos. No puedo quedarme encerrada bajo llave, aunque evidentemente puedo causarle daños a la sociedad... o a Shawn.

¿Y ahora qué hago? ¿Corro? ¿Grito? ¿Finjo demencia, lo empujo y me voy corriendo?

Delante de mí está Shawn, su antes inmaculada camisa ahora está mojada y sucia, con olor a trapeador después de asear el baño de chicos. No me muevo, me quedo estática contemplando cómo baja la cabeza y mira el desastre para luego silbar entre dientes.

Sus perfectos labios hacen una mueca de desagrado y yo me quiero morir. De hecho, quiero morir, reencarnar y volver a morir.

¿Por qué demonios no pude conocer a mi amor platónico de forma normal?
¿Por qué, por qué, por qué?

Sí, lo conozco desde hace casi tres años, tomamos algunas clases juntos; pero dudo que sepa quién soy, nunca repara en mí, jamás se ha percatado de mi existencia... Hasta ahora. No es que sea la chica invisible y fantasmal del asiento de atrás, tampoco soy tímida, por alguna razón no puedo estar a su alrededor sin ponerme a temblar, por eso nunca he podido hablarle ni pronunciar más de dos palabras en su presencia.

Este momento me lo imaginé diferente. Me hubiera gustado que nuestras miradas se encontraran por mera casualidad en un cálido día de verano en medio de un pastizal lleno de flores y que él no pudiera dejar de mirarme. Para completar el cuadro se hubiera levantado para acomodarse un mechón de mi cabello como en los libros eróticos y me robaría un beso. ¡Pero no! ¡Tuvo que caerle mi jodido caldo!

Se me queda mirando expectante, sus lindos ojos están esperando por mí. Por un momento me pierdo en el marrón que se parece a la malteada que venden en mi trabajo, aunque suene soso; amo esa malteada, podría tomarla siempre.

—L-lo s-siento. —Mi patética respuesta hace que me quiera golpear la frente. No sé por qué me pone tan nerviosa. Recupero el aliento respirando hondo e intento encontrar mi voz—. De verdad lo lamento, no fue mi intención, no te vi.

—No te preocupes, fue un accidente. —Suspiro, aliviada. No quería que me odiara por arrojarle la estúpida bebida. Esboza una sonrisa de lado que me pone de los nervios, creo que él sabe lo que me provoca porque suelta una risita—. ¿Debo pagar tu... lo que sea?

Su nariz se tuerce haciendo una mueca adorable. Mierda, quiero babear.

¡Tengo a Shawn Price frente a mí! Mirándome a mí, hablándome a mí, quiere comprarme un caldo. Podría ser una cita, ¿no?

A pesar de que un montón de cuervos y zopilotes merodean en mi estómago y de que mis manos sudan, aclaro la garganta.

—Eh... ¿Debo pagar la lavandería? —cuestiono. Su sonrisa se ensancha.

Ay, creo que he muerto y he despertado en el cielo. Me ruego calma y control antes de que no pueda evitar suspirar como una damisela enamorada. ¡Contrólate, niña!

—Por supuesto que no. Entonces... nos vemos luego. —Se da la vuelta sin esperar respuesta, no le quito la mirada de encima hasta que sale de la cafetería dando pasos largos.

Atónita, regreso a mi asiento, miro a Jasmine después de colocar en la charola el cuenco vacío, se encoge de hombros y regresa al besuqueo con Greg.

Mi apetito se ha ido de paseo, la bestia hambrienta de más temprano ha sido domada, está contando mariposas y haciendo ángeles en la tierra. Ni siquiera puedo moverme o pensar en algo coherente, creo que tenerlo cerca ha quemado mis neuronas.

Llego a casa a las tres de la tarde, apenas entro el olor a pasta se cuele en mi nariz. Se me hace agua la boca, mi madre hace los espaguetis más deliciosos del mundo, espero que también haya preparado albóndigas.

Los gritos de mis hermanos me hacen rodar los ojos, los dos se encuentran en la sala peleando por el control remoto. Me tienta la idea de ir a molestarlos, pero prefiero ir a la cocina, el día de hoy ya tuve suficiente drama y el olor me llama. Soy una chica débil, la comida es mi talón... y mi codo, mi estómago y mi corazón.

—¿Cómo te fue hoy, cariño? —pregunta mamá tan pronto entro en su campo de visión.

Está frente a la estufa moviendo un cucharón en el recipiente. Lleva puesto un delantal blanco con dibujos de piñas, ella tiene una colección de esas cosas en uno de los cajones de la alacena y los utiliza según lo que vaya a preparar.

Me encojo de hombros para restarle importancia, la pregunta adecuada sería: ¿qué no pasó el día de hoy? Su entrecejo se frunce. ¡Uy! ¡Doña Lauren Holmes a bordo!

Mi madre es una de las personas más especiales que conozco, no sé cómo lo hace, siempre sabe si algo va mal, tiene eso que algunos llaman intuición. Es graciosa, le gusta ver series en Netflix una y otra vez, y llora siempre que se muere Jack Dawson. Somos parecidas físicamente, tiene el cabello de color miel y unos ojos marrones enormes, como los míos.

—¿Qué ocurrió? —cuestiona.

Obtengo cuatro vasos del lavavajillas y los pongo en la encimera para llenarlos de jugo de naranja fresco.

—Nada importante, solo arrojé mi sopa con olor desagradable en la ropa de

Shawn, me quedé medio tartamuda al tenerlo enfrente. —Omito que reprobaré el examen de matemáticas, no me apetece cavar mi tumba tan pronto. Escucho que suelta una risita, yo resoplo un tanto divertida.

Si hay algo bueno a mi alrededor, eso sería mi madre. Es genial saber que estará ahí para escuchar cada cosa que quiera compartir, aunque sea lo más absurdo o lo más doloroso.

—No podría vivir con tu mala suerte, Nat —dice.

—Qué buena madre eres, burlándote de las desgracias de tu hija —digo melodramáticamente llevándome una mano al pecho, al tiempo que termino de servir las bebidas.

—¡Niños, a comer! —exclama mamá alzando la voz.

Inmediatamente se escuchan los pasos apresurados creando una estampida, lo cual es curioso, solo son cuatro pies los que se acercan.

—¡Hazte a un lado, vómito de mono! —Ahogo una carcajada al escuchar el grito de Frank, quien empuja a Cecile para poder entrar primero. Siempre he pensado que les gusta discutir, la puerta es tan ancha que ambos podrían entrar sin problemas, sin embargo, están ahí peleando.

—Si yo soy vómito, tú eres mierda —suelta mi hermana con tono plano. Termino carcajeándome, mamá me da una mirada de reproche, así que tengo que aplanar los labios para controlarme.

—Cecile Abigail, ¿qué son esas palabras? —regaña mamá poniendo las manos en las caderas.

Mi hermana logra entrar primero y se deja caer en su silla favorita.

Es alta y flacucha, más rubia y pálida que yo, tiene quince años y está pasando por la etapa donde odia a todos los seres humanos que habitan la Tierra. Cree que es una adolescente rebelde, aunque todos en esta casa sabemos que es una buena chica. Se pinta las uñas de negro al igual que los labios, le gusta usar gorros de lana y deja que el cabello le cubra la cara. Dice que tiene alma oscura, yo creo que tiene complejo de vampiro.

—Mamá, ¿qué es mierda? —pregunta Frank con fingida inocencia y gestos divertidos, es el típico niño con rostro angelical y cerebro maquiavélico. Le gusta ponerse litros de gel en el cabello oscuro para que se mantenga estático, las puntas se asemejan a los cuernos de un diablillo; aunque me lo imagino más como un pequeño y molesto Oompa Loompa.

—Mierda es lo que te sacas cuando te hurgas la nariz —Cecile sigue hablando sin importar la cara larga de nuestra madre—, así que tu lado de la mesa está lleno de mierda.

—¡Cecile! ¡Frank! ¡Basta!

Me quedo quieta, mirando de un lado a otro como si fuera una guerra. Le apostaría a Cecile si pudiera, pero no creo que a mamá le agrade la idea.

—¡Yo no tengo mierda en la nariz! —grita mi hermano, furioso.

Me muerdo la lengua para no reír.

—¡Es suficiente! El próximo que diga la palabra *mierda* se quedará sin postre el fin de semana.

Me dan ganas de decirle que ella lo dijo, pero prefiero quedarme callada, lo que menos necesito es un castigo que corone mi mal día.

Sirve pasta con salsa de tomate en los platos, posteriormente se sienta frente a mí. Comemos en silencio, por debajo de las pestañas los analizo, el mutismo en esta familia no es normal. Descubro a mi madre observándome, se aclara la garganta, cuando veo su semblante sé que no me va a gustar lo que va a decir.

—Tu padre llamó, quiere saber si irás el fin de semana a comer con él y con tus hermanos.

Su simple mención me altera, me enfurece, me dan ganas de romper todo lo que tengo cerca.

—La próxima vez que llame dile que con él no voy a ir ni a la esquina y que puede irse a la m...

—¡Natalie! —interrumpe. Deja el tenedor en la mesa y me enfrenta con el entrecejo tenso—. Nicholas sigue siendo tu padre, ya pasaron seis meses y no lo has visto ni una sola vez.

Está enojada y estoy haciendo que se enfade más. No sé para qué lo menciona y lo defiende si siempre acabamos discutiendo, ¿por qué pregunta si ya sabe la respuesta? No quiero verlo. Puedo ser un algodón de azúcar, pero ese tema saca el lado opuesto.

—¿Ya lo perdonaste? —cuestiono, irritada.

—Es diferente, eres su hija.

Ya conozco ese sermón de memoria, así que pasaré esta vez.

—Y tú eras su esposa, dejó bien claro que no lo pasaba bien con nosotros. — Me pongo de pie de un salto. Frank está callado mirando su plato y Cecile evita mirarme—. No me pidas que actúe como si nada, no soy hipócrita.

Salgo de la cocina hecha un caos y me encierro en mi habitación dando un portazo. Ahogo un suspiro en mi almohada, me gustaría que las cosas fueran diferentes.

Amaba a papá, adoraba cuando salíamos a jugar con nuestras bicicletas los días nublados, teníamos la costumbre de comprar helados todos los domingos. Me gustaba que no se riera de las cosas graciosas que me pasaban porque a veces no es divertido, y él lo entendía, no necesitaba explicarle, solo me abrazaba y hacía que me sintiera mejor.

Por eso me decepcionó cuando decidió irse sin despedirse, sin explicarme lo que estaba sucediendo, sin preguntarme cómo me sentía. Un día desperté y ya no estaba, creí que éramos amigos, que podía confiar en él.

Mi corazón se rompió.

Tres

NATALIE

Lo malo de ser una espía profesional como yo es que encuentras acontecimientos que no estabas buscando. Eso me pasa al día siguiente cuando entro y lo primero que encuentro es a Shawn sosteniendo a Hannah en la mitad del pasillo, ella está refugiada en un pecho que yo quiero tocar, oliendo un aroma que yo quiero oler, abrazando un cuerpo que yo quiero abrazar, sintiendo las respiraciones que yo quiero sentir, escuchando los latidos que... ¡Ya basta!

«Me das pena ajena, Natalie», me digo. «Si sigues así terminarás comiendo sopa a los sesenta para recordar lo que pasó en la cafetería, lo más importante es que será sopa de tus lágrimas de solterona».

Tomo un respiro profundo, no es algo fuera de lo normal. Lo que llama mi atención es que, al parecer, la pobre está llorando. Eso me preocupa porque tal vez tiene algo que ver con Liam, su novio.

No hay chica en esta escuela que sea más linda que Hannah Carson, ella es la representación humana de un pastelillo cubierto con crema rosada. Shawn Price está loco por ella, puedo oler a leguas que se muere por salir de la *friendzone*.

¿Hannah necesita un hombro para llorar? Ahí está él. ¿Hannah no puede cargar su bolso? Él lo hace con gusto.

Me lo imagino como un perrito moviendo la colita cada vez que ella se le acerca.

—Deja de mirarlos, Natalie Drop, se van a dar cuenta y te tacharán de acosadora, yo lo haría si me miraras con esa cara todos los días —Jas se planta frente a mí, tiene un libro abierto en sus manos, uno de los bordes se encaja en su estómago mientras lo sostiene del lado opuesto.

Mi mejor amiga es una lectora empedernida, se sabe de memoria los diálogos de los libros de Shakespeare, posee dos colecciones distintas de *Harry Potter* —no me pregunten por qué, no logro comprenderlo— y colecciona diferentes versiones de sus favoritos. En su recámara hay un librero de techo a piso repleto de libros acomodados por colores, de todos los tamaños y grosores, con dibujos y letras diminutas. Si quieres saber de libros, pregúntale a Jasmine Campbell.

—¿Sabes algo? —pregunto. Acomodo el cordón del bolso en mi hombro y recargo todo el peso en una de mis piernas.

—¿Por qué te lo diría? No me gusta cuando te pones triste, Nat —responde. Hago un puchero sacando mi labio inferior, para acompañar el cuadro junto a mis palmas, como si estuviera suplicando—. No, y no me pongas esa cara.

—Por favorcito.

Gira los ojos, exasperada. Cuando conocí a Hannah en primer año ya era novia de William Baker, han estado juntos desde hace años, pero en ocasiones creo que él no la soporta, lo cual me parece irónico, ya que media escuela daría cualquier cosa por salir con ella; la otra mitad son chicos homosexuales.

—Ya sabes que nadie entiende la relación de Liam con Hannah, son muy raros, unos dicen que no la quiere y la utiliza, otros que sí la quiere, solo que es un idiota; yo creo que es un idiota cualquiera que sea la verdad. —Encoje los hombros y da un paso para acercarse—. Al parecer hizo que renunciara al equipo de básquetbol, ella dejó su puesto ayer, el chisme corrió como la pólvora.

—Oh.

—¿Puedo darte un consejo? —Extiende su brazo y agarra mi hombro, me da un apretón. Asiento, dudosa, no es que no quiera escuchar los consejos de Jas, es que tiende a sobreprotegerme como si fuera una mamá gallina—. Olvida a Shawn, Nat, busquemos otro trasero caliente que no esté babeando por una chica que no eres tú.

Quiero decirle que no es tan fácil como cree, o tal vez sí lo es y yo solo estoy aferrada a la nada.

—No lo sé, Jas.

El timbre suena creando caos, ella se escapa lanzándome un beso y corre hacia su clase, todos se arremolinan porque nos dan determinado tiempo para llegar si no queremos falta. Camino dando zancadas, me percaté de que Hannah se ha ido, él se queda quieto mirándola partir. En ese instante eleva la vista, coincidimos. Rápidamente dejo de mirarlo y sigo mi camino.

No sé por qué siempre tengo que luchar contra mi almuerzo, primero el caldo y ahora esta estúpida lata de refresco, no puedo abrirla, solo falta que me explote en el rostro. Lanzo un suspiro melancólico, dándome por vencida, la coloco en la mesa junto a mi bandeja.

Jasmine y Greg están formados, estoy en la mesa de la cafetería junto a algunos integrantes del equipo de fútbol.

Observo con añoranza mi lata, y de pronto una mano la coge. Tengo que alzar la cabeza para ver quién ha tomado mi gaseosa. Se me corta la respiración, Shawn me sonríe al tiempo que tuerce la ficha con éxito, vuelve a colocarla en su lugar. Lo observo con asombro, esboza una sonrisa de lado y me regala un guiño.

Joder, ¿cómo se supone que voy a pensar en otro chico cuando este sujeto lucha con el refresco por mí y después me guiña el ojo sensualmente?

Estupefacta, estudio todos sus movimientos, se sienta en la silla más cercana a mí y se gira para mirarme. No sé qué decir, así que me quedo callada.

—Te vi sola y quise venir a saludar, has mostrado muy poco interés en mi guardarropa, la mancha salió después de la décima lavada. —La cara se me quiere caer de la vergüenza, siento las mejillas y las orejas calientes. Me muerdo la lengua a pesar de que quiero disculparme por haber estropeado su ropa—. ¿Te caigo mal?

—¿Qué? —pregunto con sorpresa, incluso me echo hacia atrás debido al impacto. ¿En qué dimensión podría este sujeto caerme mal?

—Pregunto porque me ignoraste en el pasillo más temprano. —Su cabeza se ladea. Dios, y yo que pensé que iba a ignorarme.

—N-no e-es eso, me agradas... Digo, me caes bien.

—¿Segura? —insiste.

—Sí, es solo que me pones un poco nerviosa. —¡Mierda! Apenas lo digo mis párpados se abren tanto que duele.

—¿Nerviosa?

Mis dedos inquietos juguetean con la bandeja, no sé si estoy respirando.

—N-no, que estoy nerviosa por otras cosas y por eso no me di cuenta de lo que sea que has dicho. —Ahora sí, creo que voy a explotar, seguramente parezco un tomate. Él lanza una risita, me mortifico todavía más, quiero abanicarme.

—Eres muy divertida... —¡Bueno! Al menos le parezco graciosa y no le causo terror, ya es un avance.

—¿Qué hay, amigo? —Me enderezo al escuchar la voz de Greg, también viene Jasmine. Gracias al cielo, es como si me hubieran rescatado de morir ahogada. Jas toma asiento junto a mí, puedo ver una sombra de sonrisa en sus labios, evito mirarla o me mortificaré más de lo que ya estoy.

Greg y Shawn no son amigos, solo son cordiales entre ellos, el novio de Jasmine es más amigo del novio de Hannah, es algo extraño entre hombres que no logro comprender.

Me remuevo incómoda en el asiento, el silencio que se precipita entre nosotros me pone de los nervios. Él vuelve a mirarme.

—Creo que será mejor que me vaya. Natalie, ¿nos veremos después? —dice y yo siento que voy a caerme de la silla. Abro la boca con impacto, ¿cómo mierda sabe mi nombre? Seguramente Harold le dijo algo, el mejor amigo de Shawn es mi compañero en el laboratorio de química y siempre habla de lo mucho que quiere decirle que salga conmigo. Dirige su atención hacia la pareja a mi lado—. Nos vemos luego, Greg, novia de Greg.

No ha dado ni diez pasos cuando estallo. Lo veo partir y lo primero que hago es lanzar un grito de euforia. Jasmine se carcajea, me tapo la boca con emoción. ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Por todos los cielos despejados!

El chico de mis sueños se sentó en mi mesa y charló despreocupadamente conmigo. ¡Sabe cómo me llamo! No sé, de aquí al altar hay un solo paso, debería planear nuestra boda.

—Pellízcame, Jas —le pido. Me sonrío de oreja a oreja y niega con la cabeza, divertida, mientras juega con su tenedor.

—No es buena idea, el chico está mirando hacia acá. Pensará que eres una loca sadomasoquista. —Levanta la mano y hace como si estuviera dándome un latigazo. No puedo evitar reír.

Greg llama su atención dándole un beso en la mejilla que la hace enrojecer, me aclaro la garganta.

—Según sus propios requerimientos, aseguraron que no se comerían con los ojos o la boca en mi presencia si mantenía una conversación con el joven Shawn Price, así que...

—Tartamudear no es hablar, Nat —tuerce el tonto de Gregory. Le aviento una papa frita, la cual esquiva entre risas. Después ignora mi discurso sofisticado y besa a su novia.

Las hamburguesas de La cabaña del señor Pimiento son las mejores que he probado, y no lo digo para hacer promoción y ganar más propina, aunque no me vendrían mal unos cuantos dólares extra. Los hermanos Hest se aliaron para armar el restaurante.

El interior se asemeja a una cabaña, en el fondo del local hay una cabina con juegos, los empleados y yo jugamos al billar si es que el lugar está vacío, siempre y cuando nuestros jefes no estén. La verdad es que les agradezco mucho, aunque me obliguen a usar un uniforme horrible. Consiste en un *short* rojo con tirantes y una playera del mismo color. Mi gorro de hamburguesa es más espantoso que un disfraz de Halloween hecho en casa; al menos el mío tiene doble queso, el de Poppy solo tiene uno.

—Quita esa cara, hamburguesa rubia —dice Jackson limpiando las palmas en su delantal, mientras yo frío papas a la francesa y escucho cómo saltan las chispas de aceite. Malditas cosas, ¡quemán mis bracitos!—. Hazte a un lado, yo me encargo de eso, tú puedes preparar las carnes en la parrilla.

Y casi quiero bendecirlo y hacerle un altar. ¡Oh, san Jackson de las patatas!

—Gracias —le digo al tiempo que le regalo mi lugar con moño y todo, odio la estación de las freidoras.

Jackson es la cosa más dulce que conozco. Tiene estos ojos azules que vuelven locas a las chicas del trabajo. Creo que, si no estuviera colada por Shawn, me enamoraría del chico que me salvó de ser dorada en el aceite. ¡Mi héroe!

—¿Cómo te fue en el examen? —pregunta.

Me acerco a la estufa y tomo dos rebanadas de queso, luego las coloco sobre las carnes.

—Ya sabes, matemáticas no es lo mío.

—¿Qué es lo tuyo, Nat? —cuestiona lanzando una risita.

—Muy chistoso, chico mostaza —lo agujoneo por su uniforme amarillo y el gorro en forma de tapón que lleva en la cabeza.

Es agradable conversar con él, es relajado y nunca se queda callado, no hay esos silencios incómodos que tanto me molestan, tampoco me deja hablar como una cacatúa. Jackson es dos años más grande, es un universitario que trabaja para pagar sus estudios en la facultad de sistemas computacionales.

—¿Nat? Te necesito adelante, está lleno. —El viejo Hest aparece en la cocina y me mira suplicante. No hay suficientes meseros en la temporada de clases y le gusta abusar de mi generosidad. Le doy una mirada a mi compañero de labores, me quito el delantal blanco cuando asiente.

Mi jefe aprieta mi hombro como agradecimiento al tiempo que tomo un bloc de notas y una pluma. El lugar es un desastre. Poppy se me acerca con los hombros tensos, pobre chica, debería relajarse un poco.

Su cabello negro está sujeto en una coleta, lo único visible es un mechón de color violeta. Siempre me ha resultado intimidante, es una versión extrema de Cecile con todas esas perforaciones que parecen esferas en un árbol de

Navidad, creo que le caigo mal desde el día que nos conocimos, puesto que me quedé mirando el arete que tiene en la nariz. No es que no me guste, solo que me pareció gracioso porque parece un toro.

—Las del lado izquierdo son todas tuyas, reina. Mueve tu culo o te obligaré a que lo muevas —dice la reencarnación de Morticia antes de esquivarme y tomar una orden del mostrador. ¡Pero qué genio!

Inspecciono mi lado y me pongo con ello. Hay una pareja de jóvenes, una madre con sus dos niños y un grupo de adolescentes que juntaron cuatro mesas. Tomo las órdenes y les llevo sus respectivas bebidas.

Quince minutos después me paro frente al mostrador para esperar a que salga una de las órdenes, por el raballo del ojo veo que se ocupa otra de mis mesas.

Doy un paso, pero me detengo en seco. ¿Por qué me haces esto, Dios? Hubiera preferido que las palomas de la iglesia cagaran en mí.

Me va a ver disfrazada de comida rápida, ¡qué humillante! ¿Por qué tienen que pasarme estas cosas a mí?

Toda preocupación se me escapa de pronto al ver que lleva acompañante, no viene solo, Hannah se ve bien en su falda suelta hasta las rodillas y su blusa rosa pastel, luce como un pequeño panecillo lleno de betún.

Quiero golpearme la cabeza contra la pared porque no paré de hacerme ilusiones desde que se sentó a platicar conmigo durante el almuerzo, ahora mi corazón va a romperse mientras limpio su mesa. Ese pensamiento me deprime.

—¿Qué haces ahí, niña? —Poppy la amargada viene a molestar sin tener idea de la batalla que hay en mi interior—. ¿No ves que se ocupó otra?

—Ehh... Poppy, ¿podríamos cambiar de lado? —Se cruza de brazos.

—No, y si no vas ahora iré con Hest a decirle que estás ahí parada sin hacer nada.

Sin más remedio me encamino hacia la mesa prohibida, haciendo lo posible por alargar el encuentro. Camino dando pasos cortos y lentos, quiero atrasar mi ejecución.

Me detengo frente a ellos, pero no me notan, están muy concentrados en su plática. Por un momento lo miro, tal vez me va lo masoquista porque no puedo dejar de ver cómo la mira.

—¿Desean ordenar ahora? —pregunto, intentando esconderme detrás de mi libreta.

Ella me enfoca primero y me sonrío con amabilidad cuando me reconoce. Si fuera malvada podría odiarla, no obstante, no lo es, la chica es buena persona.

—Natalie, hola —dice, y yo quiero tirarme de un puente porque en ese instante Shawn levanta la vista y abre los párpados con asombro.

Trago saliva con nerviosismo, creo que le diré a mamá que me compre una pastilla tranquilizante, acabaré perdiendo el cabello a este ritmo.

—Hola, Han. —Me obligo a sonreír. Ambas estamos en la clase de artes. No es muy buena, ella siempre le ruega a nuestro profesor por puntos extras—. Shawn.

—Hola. —Deja el asombro y me sonrío, sus ojos se hacen más pequeños cuando lo hace.

—¿Les ofrezco algo de tomar? —cuestiono, queriendo acabar con esta

conversación.

—Yo quiero limonada dietética y una ensalada con tiras de pollo. —Anoto rápidamente, asintiendo—. ¿Podrían poner el aderezo a un lado?

—De acuerdo. —Me aseguro de apuntar lo del aderezo—.

¿Y para ti?

—Un refresco de naranja y una hamburguesa especial con papas medianas.

—Le pongo punto a la orden y levanto la barbilla, hago contacto visual con él.

—En unos minutos traigo sus pedidos. —Me doy la vuelta con demasiada torpeza, culpen a mis rodillas temblorosas.

Al caminar hacia el mostrador no puedo dejar de pensar que son muy diferentes, no entiendo por qué le gusta, aunque probablemente esté pensando esto por lo que siento. ¿No dicen por ahí que los polos diferentes se atraen?

Cuatro

SHAWN

La mesa está en silencio, estoy seguro de que nuestras respiraciones son lo único que se escucha. Mientras me llevo el tenedor a la boca, me dedico a mirarlos en secreto. Mi padre es el jefe de calidad de una empresa de alimentos y mi madre es ama de casa. Somos una familia bastante normal, tenemos un lindo hogar y un auto.

Todo estaría genial si mi padre no fuera un obseso del control, tan estricto y autoritario que me hace desear pasar la mayor parte del tiempo en otro lado. Es muy triste que no seamos los mismos que fuimos hace diez años. No soporto estar cerca porque odio que menosprecie mis esfuerzos sin darse cuenta.

Detesto que me empuje, pero nunca sé cómo decírselo, pedirle que se detenga y me deje respirar.

—¿Cuánto sacaste en el examen de cálculo? —pregunta ajustándose las gafas. Mamá me mira suplicante, pidiéndome en silencio que no pierda los estribos.

—Saqué noventa —digo sin titubear.

Antes, cuando era más chico, me ponía muy nervioso si no alcanzaba la nota más alta del grupo. Hubo un tiempo en que controlaba mis ansias mordiéndome las uñas, también me dio esta cosa llamada gastritis a los doce. Después aprendí que no puedo ser perfecto en todo, que a veces voy a fallar en algunas cosas, me gustaría que mi padre se diera cuenta de ello.

Me enfoca con los labios fruncidos, observo mi plato para ignorar la sensación de hastío que me produce. Nunca soy lo suficientemente bueno para él.

Siempre hay algo para mejorar, algún defecto para corregir. Nunca puede sentarse a mi lado y estar orgulloso de mis pequeños logros, de mis carreras ganadas.

—¿Y cuál fue la calificación más alta? —pregunta. Aprieto la mandíbula, quiero golpear cualquier cosa, no importa. Solo deseo ahogar la impotencia que siento.

—Noventa y seis.

Me desvelé tres noches para estudiar. Tres. Le pedí ayuda a un compañero para que me explicara las cosas que no entiendo, simplemente no logré obtener algo mejor. Me agrada mi noventa; pero, como ya dije antes, no es suficiente. Debo ser el mejor para valer la pena.

Lanza una risita sarcástica acompañada de un bufido. El pollo con pasta que acabo de ingerir se revuelve en mi estómago. Me pongo de pie más rápido de lo que quiero. Dejo los cubiertos con agresividad, producen un estrépito al caer en el plato.

—No has terminado la cena, Shawn —dice mamá con la frente arrugada, aparto la vista porque no quiero recriminarle con la mirada. Mi madre lo hace lo mejor que puede, incluso así, me duele que no me defienda.

—Se me quitó el hambre.

Subo las escaleras y me encierro en mi habitación dando un portazo. Quiero salir en mi motocicleta y andar por las calles sintiendo cómo el viento se estampa en mi rostro, olvidar lo que acaba de pasar. Sin embargo, eso acarrearía problemas, y mi insulsa calificación se llevó la corona de esta noche.

Me dejo caer en el colchón y me quito los zapatos. Tomo el celular y reviso mi bandeja de entrada. Me siento como la mierda. Me quedo mirando la pantalla por un buen rato hasta que me decido. Mis dedos se mueven sobre las teclas como si tuvieran vida propia.

Ocurrió otra vez, Han, ¿crees que podemos hablar? Como que lo necesito.

No me contesta de inmediato, así que es posible que esté dormida. No obstante, el móvil timbra antes de que active el botón de silencio.

Ahora no puedo, Shawn. ¡Adivina! Liam vino a la casa a hablar, vamos a arreglar las cosas. Hablamos mañana.

Arreglar las cosas. Otra vez.

Leo el mensaje una y otra vez sin poder creerlo. De verdad necesitaba que me escuchara, que... dijera que todo iba a estar bien. Quería que me recordara que debo comportarme y seguir en la rutina donde intento agradarle a papá como si eso fuera posible, aferrarme a algo.

Dejo el aparato en la mesa de noche, ignorando lo mucho que me duele que esté con él. Me decepciona que no se preocupe por mí, yo estoy incondicionalmente para ella si me necesita. La historia se repite.

Conocí a Hannah en la escuela, compartíamos varias clases y caí rendido a sus pies casi de inmediato, después de que diera un discurso inteligente en la clase de biología sobre el ADN.

No pude despegar los ojos de los suyos, tan cristalinos. Amé cada parte de su rostro, su forma de ser, su fragilidad. Supe que éramos parecidos cuando la escuché hablar sobre sus padres. Eran idénticos a los míos, siempre exigiéndonos más, empujando para alcanzar la perfección. Ella es lo más cercano a ese ideal, es inteligente, hermosa, amable, caritativa y correcta. Nada en Han está mal, es segura. Dice y hace las cosas adecuadas, no enloquece por tonterías y nunca realiza acciones que perjudicaran su futuro.

Hannah es perfecta.

Tiene lo que siempre quise en una chica, es lo que mis padres esperan que traiga a casa. Me gustaría que pensara lo mismo, pero por lo general hay una barrera que no me deja cruzar.

¿Qué puedo hacer yo si llegué tarde? No puedo obligarla a que abra los ojos porque ya lo he intentado y no ha funcionado. Ellos dos se conocían desde antes de que yo apareciera, ya eran novios cuando la conocí. Me ha platicado muy poco acerca de cómo inició su relación, solo sé, por lo que he visto y escuchado, que William Baker no la quiere como yo, no la valora, prefiere a cualquier otra chica antes que estar un segundo con ella.

Si yo fuera él... jamás me apartaría. Pero no lo soy y debo entenderlo. Estoy cansado de lo mismo. Estoy harto de esperar a Hannah Carson cuando para ella no soy más que el mejor amigo que carga su mochila en las salidas. Miro al vacío pues no tengo sueño. No sé en qué momento me quedo dormido.

La campana para salir al receso retumba en las paredes de los salones, los alumnos se ponen de pie como si fueran resortes, hago lo mismo. Me tardo en meter mis útiles en la mochila, el aula casi se vacía cuando salgo.

Recorro el pasillo automáticamente, paso varios salones vacíos. Capto un movimiento de reojo en un salón, detengo de golpe mi andar, me quedo quieto unos segundos procesando lo que acabo de ver. Me regreso y me asomo, desde el umbral observo a una chica rubia sentada en un banco con un caballete frente a ella, está usando una bata blanca manchada de color rojo. Está tan inmersa en el cuadro que está pintando que no se da cuenta de que entro y me planto a unos pasos de distancia.

Mueve el pincel demasiado rápido, toma colores de la paleta y hace mezclas. Saca la lengua tocando una de sus comisuras mientras pinta, me tardo unos segundos en recuperarme.

—¿Puedo ver qué estás pintando? —cuestiono.

—¡¡Ahhhhhhh!! —grita y salta del susto. Yo también salto un poco. Sus párpados se pegan a su frente cuando me ve, el otro día en la cafetería puso esa misma expresión, no sé si es una reacción normal o es que hay algo extraño en mí. Sorprendiéndome, Natalie se baja de su asiento más rápido que un relámpago y agarra su cuadro, aferrándolo a su pecho como si fuera un salvavidas—. N-no es la gran cosa, e-es feo, se ve m-mal.

—Lo que se ve mal es tu bata —digo medio divertido por toda la situación—. Es la venganza del destino por mancharme de caldo el otro día.

Mira hacia abajo y hace un puchero, se despega un poco el cuadro. Sus mejillas están muy rojas.

—Lo siento —murmura ya sin mirar en mi dirección. Hago una mueca, quizá mi comentario no estuvo bien—. Debería irme.

Natalie va a esquivarme para salir del aula, pero doy un paso metiéndome en su camino, alza la cabeza con lentitud y me mira. Sus ojos son muy cafés, bajo la mirada hasta que llego a sus labios, mi vista sigue bajando. Hay una mancha de color amarillo en su bata, me apresuro a pasar mi dedo por la tela y, antes de que pueda reaccionar, pinto una raya vertical en su nariz.

—¿Qué diablos? —cuestiona contrariada. Me carcajeo al ver sus gestos de sorpresa y confusión. Se tarda en reaccionar, una sonrisa maliciosa le ilumina el rostro—. Así que quieres jugar...

Se da la vuelta, deja su obra de arte en el suelo apoyada contra las patas del banco donde estaba sentada y agarra el pincel. Suelto una risita de diversión, no sé qué mierdas estoy haciendo.

Entramos en un juego donde ella es el gato y yo soy el ratón. Al final me dejo cazar porque me parece que es lo más justo, pongo cara de derrota, ella se pone de puntitas y pinta dos líneas verdes horizontales debajo de cada ojo.

—Ya está —suelta bajando el pincel.

—Parecemos nativos —digo. Natalie se pone seria, en un segundo el ambiente entre los dos cambia o quizá es solo mi imaginación. Ella está cerca, no sé en qué momento puse mi mano en su cintura—. ¿Vas a ir a la fiesta el viernes?

—Tal vez —susurra sonriendo. Mi mirada vuelve a caer en ese punto, también sonrío.

—Espero verte ahí.

Después de despedirnos y tomar caminos diferentes, nuestras miradas se vuelven a encontrar una vez que estamos en la cafetería. Ninguno de los dos se quitó la pintura del rostro.

Cinco

NATALIE

—No puedo creer que no tengas algo *sexy* aquí —dice Jasmine sumergida en mi armario, rebuscando entre mi ropa. Lanza las prendas como si estuviera escarbando, ha creado una montaña en mi cama y otra en el suelo, parece un tornado. Me quedo sentada en la silla del tocador, mirando fijamente hacia donde se supone que está, la puerta del armario la oculta.

—Soy una chica de diecisiete y me gustan los unicornios, no me culpes por no tener taparrabos.

—Ugh, eso explica por qué tienes esta cosa tan fea —emite al tiempo que una sudadera rosa pastel que conozco bien vuela por los aires—. Deberías superar la etapa de *My Little Pony*.

Tiene el cuerpo de un unicornio realzado y también los cabellos multicolores de su cola. Me levanto, alarmada, y la recojo para extenderla en mi edredón.

—¿Qué? A mí me parece bonita. —Pero la verdad es que es la cosa más espantosa que he visto después de mi gorro de hamburguesa con doble queso. Si la sigo guardando es porque me trae buenos recuerdos, fue un regalo que me dio mi padre cuando cumplí quince.

—¡Lo encontré! —exclama, emocionada. Sale tambaleándose por el desastre.

Abro los párpados al ver lo que lleva en las manos, ¿cómo no recordaba que lo tenía? Nos habríamos ahorrado mucho tiempo. No puedo creer que eso siga ahí. Es un vestido negro que usé en la fiesta de cumpleaños de Frank el año pasado, espero que todavía me quede.

Las dos nos vestimos, la mayor parte del tiempo luzco como una niña pequeña, no poseo una gran delantera y mis piernas son como dos pajillas. Este vestido hace que me vea como alguien de mi edad, no es muy revelador, pero tampoco es un hábito. Es perfecto.

A pesar de que le aseguro que puedo hacerlo por mi cuenta, me mira con ojos de borrego a medio morir, ya que quiere maquillarme. No es que no quiera, es que Jas es un poco exagerada y no quiero parecer un payaso.

Una hora después estamos listas. Jas se puso un vestido rojo que combina con su labial y su mueca de picardía. Revisa cada parte de su rostro con minuciosidad, le gusta hacerle gestos al espejo para comprobar que luce bien haciendo cualquier cara.

La verdad es que no quedé tan mal, me veo bastante bien, y me gustan muchísimo las ondas de mi cabello, podría mirarlas siempre.

Mi madre insiste en llevarnos para conocer el lugar donde pasaremos el rato. Todo el camino se lo pasa parloteando sobre lo hermosas que nos vemos. Llegamos a la casa llena de jóvenes, algunos están afuera charlando, los que apenas llegan se arremolinan en la puerta de la casa. Jas sale del auto y yo voy a hacer lo mismo, no obstante, la voz de mamá me detiene.

—Cúidate, cariño, y por favor llámame cuando Greg ya vaya a llevarte a casa.

Sabes que me pongo nerviosa.

—De acuerdo —le digo sonriendo—. Te quiero, mamá.

Jasmine se despide de mi madre antes de que emprendamos el camino a la entrada. La música resuena a todo volumen, los gritos eufóricos se escuchan desde el exterior. ¡Oh, sí, quiero mover el cuerpito!

Un chico está en la puerta como si fuera guardia de seguridad, luce amenazante, algo así como King Kong, supongo que es uno de los chicos del equipo de fútbol americano, hay jugadores enormes.

—Venimos con Greg —dice mi mejor amiga alzando la voz.

Al escuchar el nombre y reconocerla, el grandote sonrío y se hace a un lado. Sin embargo, antes de que podamos entrar, nos extiende una pecera llena de billetes y monedas. Lo miramos sin comprender qué quiere. ¿Acaso me está ofreciendo dinero? ¿Esto es un milagro?

—El alcohol y los condones cuestan —dice él, a lo que Jasmine bufa, saca de su bolso dos dólares y los deja caer en la esfera.

—No hay más.

Nos deja pasar, pero mi mente todavía está dándole vueltas a sus palabras.

—¿Condomes? —pregunto, atónita.

—¡Oh, vamos! En cualquier fiesta hay globos. Camina. —Me jala del brazo para obligarme a entrar.

La oscuridad es impresionante, hay muchos cuerpos moviéndose al ritmo de una canción electrónica que no conozco. Greg se nos une y le da un apasionado beso a su novia, y me saluda con un «hola, chica hamburguesa». Nos acerca a su grupo de amigos, quienes están jugando a ver quién bebe más alcohol, gritan con euforia cada vez que alguien se termina un *shot*.

Jas me ofrece una cerveza, yo la tomo, aunque no sé qué hacer con ella, ya que no acostumbro tomar. Le doy traguitos cortos, el sabor amargo no es de mi agrado. No quiero verme como una niña, puedo ser la ruda de los unicornios.

Termino cansándome de escuchar sobre lo bien que le está yendo al equipo de fútbol, así que decido dar una vuelta, también puedo aprovechar para ir al baño. Doy un par de pasos, esquivando a los cuerpos que se mueven como si tuvieran piojos saltarines.

No debería sorprenderme que la mala suerte siempre se empeñe en cagarme encima. De hecho, podría hacer una lista como los récords Guinness para ver cuál accidente o metida de pata es más extrema.

Algún desalmado me avienta y me hace tropezar. La botella se me resbala de las manos, creo que voy a romperme la cabeza en el suelo. Cierro los ojos para que según yo duela menos, aunque sé que dolerá igual. No obstante, el golpe nunca llega, unos brazos me han atrapado. El aire se me atora en los pulmones al encontrarme con sus ojos marrones y su sonrisa divertida.

Esto es todo, que alguien llame a mi madre para que organice mi velorio, él me está abrazando. Mi corazón va a mil por hora, no sé qué hacer, así que espero que me saque del aturdimiento.

—Estas formas tuyas de aparecer podrían matar a alguien. Primero un caldo, después una hamburguesa en la cabeza y ahora caes a mis brazos. —Su susurro hace que ahogue un suspiro en mi boca.

Oh, Shawn, hazme tuya. Dejo que una sonrisa se extienda en mi rostro, espero no lucir como una loca enamorada.

—Lo lamento —digo.

—Yo no —contesta, provocándome un infarto.

Deshace el abrazo con lentitud, le da una mirada al suelo y hace una mueca con los labios como si acabara de recordar algo.

—Iba por una cerveza, ¿quieres otra? —niego sacudiendo la cabeza, luego quiero maldecir porque ese sería un buen pretexto para estar con él—. Entonces tendrás que acompañarme.

Por segunda vez en la noche alguien me jala del brazo, pero esta vez no es molesto. Shawn toma una de la hielera y me hace una seña para que nos alejemos del grupo de chicos escandalosos. Siento la mirada insistente de Jasmine todo el tiempo, no la miro porque me pondré más nerviosa de lo que estoy.

—¿Por qué tomabas hace un momento si no te gusta? —pregunta con la ceja alzada. Me quedo estupefacta—. Y no intentes negarlo, vi tu cara.

¡Me estaba mirando!

—Así que me estabas espiando... —Intenta esconder su sonrisa dando un trago—. No quería desentonar.

—Es bueno ser diferente —susurra sonriendo—. ¿Quieres bailar?

Su ofrecimiento me toma por sorpresa, me demoro en reaccionar, termino dándole la mano. Caminamos a la pista improvisada acordonada por sillones. Está sonando una canción movida, así que seguimos el ritmo. Me carcajeo sin poder evitarlo al ver que se mueve con exageración, no sé si baila así o lo hace a propósito.

—¿Te parezco gracioso? —pregunta. Asiento, responde moviéndose con más ímpetu. No puedo dejar de reír, incluso cuando los otros nos miran con extrañeza.

—Por Dios, ¡bailas horrible! —exclamo entre risas, intentando seguirlo, pero es imposible. Shawn se carcajea, entonces cambia el ritmo, baila más normal.

No sé cuánto bailamos, de la nada se queda quieto. Levanto la vista para averiguar qué está pasando, él observa algo a mis espaldas. Miro sobre mi hombro y encuentro el motivo de su repentina quietud.

—Ya regreso —dice sin mirarme.

Camina hacia Hannah, la abraza desde atrás y se balancean juntos. Lo único que puedo ver es su espalda ancha. De acuerdo, como que mi corazón se quebró un poquito. Permanezco en el mismo lugar, esperando, porque dijo que regresaría, sin embargo, tal parece que se le olvidó, los minutos pasan y ni siquiera se voltea.

Tener a tu amor platónico en la misma escuela no es agradable, mucho menos cuando está perdidamente enamorado de otra chica. Shawn idolatra a Hannah, la estudiante modelo. Todo el mundo quiere ser como ella, todos quieren estar a su alrededor. Es como la Virgen María. Es simpática, aunque no creo que se haya dado cuenta de que una vez copié sus respuestas en el examen de historia.

No puedo evitar entristecerme, me siento como una tonta, muerdo el interior de mi mejilla para no ponerme a llorar.

—Ni se te ocurra, yo vine a divertirme, ¿y tú? —Busco la voz de Jas, su sonrisa de medio lado me tranquiliza, seguramente lo vio todo—. Que se quede con su rubia aburrida, yo me quedo con la mía chispeante.

Y es así como me hace reír y me obliga a bailar siguiendo la voz de Sia.

Seis

NATALIE

A las doce, Jasmine me hace la señal, entonces entiendo que es hora de partir. Salimos de la fiesta, sigo a la pareja que no deja de abrazarse, Greg se va por el auto y Jas me enfrenta soltando un suspiro que me hace sentir lo peor.

—¿Podrías pedirle a alguien que te lleve? —cuestiona en voz baja, se cubre el rostro con las palmas. Entrecierro los párpados—. Oye, no me mires como si fuera la peor de las amigas, Nat.

—Es que lo eres, ¿por qué demonios Gregory no puede llevarme como dijo que haría?

—Me pidió que pasáramos un tiempo juntos —susurra.

—¿Y no pueden pasar ese tiempo juntos después de llevarme? —gruño apretando los puños.

—¡Oh, vamos! ¡Llama a Jackson y dile que te lleve a casa! Greg quiere pasar un rato conmigo, Nat, no seas así.

—No seas así tú, Jas. No llamaré a Jackson en la madrugada para que me recoja, va a pensar que soy una niñata jugando a las muñecas. Greg prometió que me llevaría, ¿por qué demonios no me lo dijiste desde el principio? —Estoy indignada, ¿por qué no me lo dice hasta ahora? La mitad de los asistentes ha abandonado el lugar y no tengo a quien pedirle un aventón.

—No te lo dije porque no ibas a querer venir. —La morena hace un puchero.

—Ya está, buscaré un taxi.

—¡Estás demente! ¡Pueden robarte! —exclama.

—¡Pues que lo hagan! ¡A ver si así me dices la verdad la próxima vez!

Su vista se desvía mirando algo a mis espaldas, una corriente eléctrica me eriza los poros de la nuca, sé perfectamente quién está detrás de mí.

—Yo puedo llevarte. —Ahogo el suspiro en mi boca al escuchar su timbre ronco, si él hablara como una ardilla sería más fácil rechazarlo, sin embargo, estoy tan furiosa con él por dejarme plantada que sí siento la fortaleza de mandarlo al carajo. Abro la boca para responder, pero alguien se me adelanta:

—¡Eso es maravilloso! ¡Más te vale que la cuides! ¡Te veo después, Nat! Me llamas si pasa algo. —Y con eso se va, se aleja como un rayo y se pierde entre los coches. Quiero gritar: «¡maldita seas, Jasmine Campbell!».

—No es necesario —digo entre dientes. Sin mirarlo me escabullo y zigzagueo entre los autos estacionados, voy a ir a una avenida y buscaré un auto, eso es todo.

Lo que pasa después sucede muy rápido, no me da tiempo de reaccionar. Una mano me detiene jalando mi codo y pierdo el equilibrio debido a los tacones, que están moliéndome los pies. Veo un movimiento que me parece una ráfaga de viento, me espanto cuando alguien apresa mis muslos y me carga como si fuera el costal de Papá Noel.

—¡¡Bájame!! —grito a todo volumen. Su espalda baja está frente a mí, siento

que la sangre se va a mi cabeza, Shawn camina hacia algún lugar sin importarle que estoy rebotando y que siento que voy a romperme la frente—. ¡¿A dónde me llevas?!

Escucho su risita traviesa, con mis puños golpeo su trasero, no imaginé que sería así tocarlo por primera vez... Pensándolo bien, no está nada mal.

—¡¿Qué está mal contigo, Shawn?! —grito, histérica, moviendo los pies.

Se detiene, y como si pesara un gramo me baja, haciendo que nuestros cuerpos rocen, ignoro el cosquilleo porque estoy furiosa, ¿no? O lo estaba hace unos segundos. Me tambaleo tan pronto toco el suelo, su brazo se enreda alrededor de mi cintura y me ayuda a recuperar el sentido.

Cepillo mi cabello, aunque eso es lo que menos me importa, y lo observo con el entrecejo tenso. Su rostro está demasiado cerca, no dice nada, solo me estudia.

No puedo controlar el enojo que siento, quiero quebrar la nariz de Shawn y luego hacer una sopa para arrojársela al rostro. Espero que se disculpe por lo que hizo, pero se queda parado como un poste inanimado.

—¿Qué te sucede? ¿Eh? ¿Te vas a quedar ahí parado sin decirme nada después de que me dejaste como una idiota en medio de la pista? Estoy muy enojada, y no quiero hablarte justo ahora, así que suéltame o gritaré para que todos piensen que me estás secuestrando y llamen a la policía.

Creo que se acerca un poco más, no se ve amedrentado, al contrario, luce divertido. ¿Cuántas veces hemos hablado? ¿Tres? Y una porque le arrojé comida. No debería estar tan cerca, puedo sentir su respiración soplando en mi rostro, me aturde.

A pesar de su notorio enamoramiento por Hannah, lo he visto salir con algunas chicas, incluso tuvo una novia hace unos meses. Que esté casi encima de mí es preocupante, no quiero ser una de esas chicas a las que deja para ir corriendo a consolar a Carson.

—¿Vas a gritar? —cuestiona, alzando una ceja.

—Sí. —Alzo la barbilla con la poca dignidad que me queda.

Me quedo quieta, esperando que diga algo, sin embargo, permanece enmudecido, solo le falta la baba. ¿Qué demonios le pasa?

Quiero asesinar a las mariposas que revolotean en mi estómago cuando su mirada baja y se centra en mis labios, los suyos se entreabren. ¿Se supone que debo apartarlo?

—No quiero pasar la noche tras las rejas —susurra—. Quizá pueda callarte con un beso.

Todos los sentimientos negativos se convierten en jalea en el instante en el que su rostro desciende al mío y me besa.

¡Ay! ¿Cómo se respiraba? Shawn Price, el chico del que he estado enamorada en secreto, me está besando en los labios.

¡Oh, mierda! ¡No me lavé los dientes! ¡Por todos los dioses del Olimpo! ¡Este chico besa bien! ¡Que se joda el aliento a cerveza! ¿Quién le enseñó a besar? Seguramente tiene un diploma o más.

Es tan dulce y tierno que va a matarme. Mis neuronas están saltando hacia todas partes. Una de sus manos sostiene mi cara, mientras la otra abraza mi

cintura y me pega a él. Yo no me opongo, porque creo que despertaré en cualquier momento. No quiero darme cuenta de que estoy soñando de nuevo.

Pero esto se siente genial, se siente muy real. Su respiración me hace cosquillas. Jadeo por el asombro cuando su lengua delinea mi labio inferior. Aprovecha el movimiento, entonces creo que lo hizo a propósito. Me besa con ganas y yo no puedo pensar en más.

Mis pensamientos se nublan y la lluvia se precipita en mi cabeza. Estoy perdida. Creo que moriré de taquicardia o quemada por los fuegos artificiales que explotan por todas partes.

Echa el rostro hacia atrás, abre los párpados y se me queda mirando.

—Lo siento. —Una punzada golpea mi pecho, se está arrepintiendo por haberme besado. Intento alejarme, pero no me suelta ni afloja su agarre.

—¿Por qué te disculpas? —pregunto, evitando el contacto visual.

—Por haberte dejado sola allá adentro.

Lo enfoco, sorprendida, creí que iba a rechazarme y a decir que no le gustó besarme.

—C-creí que... E-el b-beso. —Me quedo callada, creo que cerrar la boca es lo más cuerdo en estos momentos.

Tengo que colocar mis palmas en sus hombros porque siento que voy a caerme en cualquier minuto. Su olor me está mareando. Shawn no solo está sonriéndome de lado y abrazándome con firmeza, también mira mis labios.

No sé cómo sentirme ni tampoco sé por qué me ha besado. Una pequeña vocecita en mi cabeza me recuerda que él está perdidamente enamorado de Hannah, pero no quiero escucharla.

—Me gustó el beso, mucho.

¡Joder! ¡Va a matarme! No puede decir esas cosas. Necesito gritar y saltar por toda la calle para controlar la euforia, aunque sé que no debo alegrarme. Que me bese no significa nada.

Quiero controlar mis pensamientos revueltos, sin embargo, no puedo. Estoy demasiado confundida como para sacar mi lado *James Bond*.

—Hannah —es lo único que puedo decir.

Él cierra los ojos y apoya su frente en la mía, creo que hasta le dolió que dijera ese nombre. Prefiero que me diga que fue un error habernos besado a hacerme ilusiones y volar alto, para al final caer y estrellarme en el suelo.

—Quiero a Hannah, eso no es ningún secreto para nadie, ni para las chicas con las que salgo a veces. Lo que menos quiero es lastimarte. Siento haberte dejado en la pista, cuando intenté volver Jasmine te llevó lejos. —Esboza una sonrisa y se encoge de hombros. A continuación, se aclara la garganta—. No voy a mentirte, me gustaría salir contigo porque eres linda y se ve que eres divertida, si aceptas me pondría muy feliz, pero no estoy buscando algo serio.

¿Qué significa eso? ¿Quiere salir y besarme sin que exista lazo alguno entre los dos? He escuchado que muchas chicas lo hacen, pero sería tonto aceptar sabiendo lo que siento por él, es caminar hacia mi sentencia de muerte.

—Quizá deberíamos ser amigos —murmuro. Shawn aplana los labios, alza una ceja y me abraza con más fuerza.

—O tal vez pueda convencerte. —Mi frente se arruga con horror, me suelta antes de que pueda hablar. Atónita, observo sus movimientos, me tiende un casco antes de subir a su motocicleta luciendo como uno de esos chicos malos que salen en las películas—. Ven acá, te llevaré a casa.

—Shawn... —Se me queda mirando, esperando por mí—. Estoy siendo seria cuando digo que lo mejor es que seamos amigos.

Esto es bizarro, jamás creí que tendría una plática similar con alguien, mucho menos con Price.

—Yo también, Natalie, soy muy serio cuando hablo —dice—. Deberías subir a la motocicleta ahora si no quieres que te ayude a hacerlo.

Me lo imagino cargándome y ayudándome a montarla como si fuera una niña pequeña, la imagen me parece tan graciosa que suelto una risita. Me monto detrás de él.

—Cumpliré uno de mis sueños gracias a ti —digo.

—¿Uno de tus sueños? —cuestiona, mirando por encima de su hombro. Rayos, Shawn se ve caliente así, sobre todo con esa sonrisita que hace que se me acelere la respiración—. Súbete, preciosa, vamos a llevarte a casa.

—Uno de mis sueños es subirme a una moto.

No sé qué hacer con mis manos, ¿lo abrazo? ¿Me agarro de los lados? Esto es más difícil de lo que pensé. Como si estuviera leyendo mi mente, busca mis manos, una vez que las encuentra hace que lo abrace. Me da un jalón, acercándose a su espalda, nuestros muslos se tocan.

—Eso es, preciosa, agárrate fuerte. —Aprovecho el momento con el corazón latiendo desenfrenadamente, no sé si es por la cercanía o debido a que enciende el motor. Recuesto mi mejilla en su dura espalda y cierro los párpados, no puedo creer que esto esté sucediendo—. Cumplirás uno de tus sueños gracias a mí, es una señal.

Me muerdo la lengua para no sonreír como una idiota. Shawn acelera, arranca y se pierde en las avenidas. He muerto, estoy en el cielo recostada en nubes de algodón.

No debería sentirme feliz, sin embargo, lo estoy.

Siete

NATALIE

No me gusta llegar temprano al salón de clases, prefiero quedarme afuera y correr por los pasillos segundos antes de que suene el timbre, le da un toque de emoción a mi día, sobre todo si se trata de la clase de matemáticas.

Tecleo frenéticamente los números en la calculadora, apunto el resultado que arroja, pero luego me doy cuenta de que el resultado de mi ecuación no tiene sentido, suelto un bufido y lo borro. Sé que las ciencias exactas son importantes, sin embargo, no nos llevamos bien. Ellas son como el aceite, yo soy el agua, no hay manera de que nos unan, no pueden culparme, culpen a la naturaleza, que así lo quiso.

Una risita llega a mis oídos, arrebatándome la concentración, alzo la cabeza con las cejas entornadas, buscando al causante de semejante ultraje. Mis hombros se tensan más al encontrarlo de pie frente a mí, carga una mochila negra y acaricia el borde de mi mesa.

El problema de matemáticas ya dejó de serlo, ahora Shawn Price es el principal causante de mi estrés. Regreso la vista a mi libreta, ya sin prestar atención, de reojo contemplo todos sus movimientos y me aseguro de que no se me acerque demasiado. Se deja caer en el asiento a mi lado, no despega sus ojos de mí, finjo que no me inquieta su presencia, aunque por dentro soy un maldito volcán a punto de erupcionar.

El viernes, después de que me dejó en la acera de mi casa, depositó un beso en mi mejilla y repitió las mismas palabras que había dicho afuera de la fiesta. Todo el fin de semana no dejé de darle vueltas al asunto, admito que suspiré un poco... ¡De acuerdo! Suspiré un montón.

—Hola, preciosa —dice. Muerdo mi labio con mucha fuerza, el calor se concentra en mis mejillas. Sip, el volcán va a explotar.

—Hola —suelto. Aplano los labios y me muevo para que el cabello me cubra el rostro, quizá de esa manera comprenda que no puede hacer estas cosas. Me gustaba más que se sentara adelante, así podía espiarlo, definitivamente estar bajo su escrutinio no es algo que me haga sentir cómoda. Creo que estoy sudando.

—¿Sabías que la tarea es para hacerse en casa? —pregunta, divertido. Me atrevo a darle una mirada por el rabillo del ojo, Shawn revisa el reloj que lleva en la muñeca—. Te quedan siete minutos.

—Si te callaras podría concentrarme, sería más sencillo —susurro.

Me atraganto cuando mueve su silla y se pega a la mía, su rodilla me da un golpecito. ¡¡Santa madre!! Mueve mi silla y la pega a la suya.

—¿Por qué? —cuestiona en un susurro uniendo su boca a mi oído, creo que he entrado a un mundo paralelo—. ¿Te pongo nerviosa?

—S-sí, la verdad es que sí, y necesito hacer esto. Reprobé el examen de la semana pasada, el profesor Golden me enviará a detención si no entrego la

tarea.

—Puedo hacer tus problemas en cinco minutos con una condición —dice en voz baja sin alejarse. A pesar de lo peligroso que es girar el rostro y mirarlo a los ojos, lo hago.

—¿Cuál?

—Que me dejes enseñarte cómo se hacen después. —Asiento sin dudarlo. Sin embargo, no ha acabado—. Y que tengamos una cita.

¿Qué acaba de decir? La respiración se me queda atorada cuando me doy cuenta de lo cerca que está, ¿qué le pasa? No debería invadir mi espacio personal. Casi quiero reír con ese pensamiento, como si de verdad lo quisiera lejos.

Me está mirando fijamente con esos ojos tan oscuros, siento que quiere tragarme con ellos, así que llevo mi vista a la hoja llena de números. No puedo pensar en nada, solo en la noche del viernes, en sus labios besándome.

De hecho, desde que sucedió, no he dejado de pensar en Shawn.

—Disculpa, no te entendí —susurro.

Quiero echarme a correr, esconderme debajo de la cama como cuando temía que Sullivan saliera del *closet*. El problema es que me gustaría encerrar a Shawn en mi *closet*... conmigo adentro.

Cada vez lo veo más cerca, sonriendo. ¡Carajo! ¿No puede dejar de sonreír o qué demonios? ¿Que no ve que me convierto en una gelatina si lo hace?

Me tenso cuando su brazo se escabulle, lo coloca en mi respaldo y se inclina hacia mí. Quizá la silla se está encogiendo, de lo contrario no entiendo por qué es tan pequeña, no hay espacio para crear distancia.

—Sí me entendiste, preciosa. Hago tus problemas si sales conmigo. —Él necesita parar, no puede llamarme de ese modo si no quiere ir por un trapeador para limpiar cuando me derrita.

—Eh... no puedo —digo, buscando una salida. La puerta está muy lejos, quizá la ventana podría servir, el único problema es que estamos en el tercer piso y acabaría hecha un *sticker*.

Se acerca más si eso es posible, así que me hago para atrás, olvidando por completo que la jodida silla es diminuta. La mitad de mi trasero está volando, Shawn se da cuenta de mi falta de estabilidad, así que piensa que rodear mi cintura es aceptable.

—Nat, el tiempo está corriendo. —Como parece que todas mis neuronas andan de fiesta, solo afirmo moviendo la cabeza. Me gana una sonrisa de lado, me arrebató el lápiz y me obliga a acomodarme en el asiento.

Puedo respirar hasta que toma la hoja y me suelta.

Ahogo un suspiro en mi boca al tiempo que lo observo sacar sus lentes de la mochila para colocárselos mientras los resbala por el largo de su nariz. Frunce el entrecejo y contesta todo con demasiada rapidez.

—¿Eres una computadora o cómo lo haces? —cuestiono, dirige su mirada hacia mí con lentitud y guiña. ¡Que alguien me eche agua! ¡No! Mejor que me arrojen a una piscina.

—Ya sabes, soy un genio —murmura, regresando a mi tarea.

—¿Serías mi esclavo de las tareas? —Suelta una risita despreocupada,

mientras hace algo con la calculadora y borra mis garabatos.

—Solo si eres mi esclava de las citas.

—Eso es chantaje —digo divertida.

—Lo sé, pero es lo único que se me ocurrió. —Va en el número ocho, nada más faltan dos. ¡Joder! Yo puedo mirar los problemas por horas sin saber qué poner y él los hizo en menos de cinco minutos, ¿es eso posible?

—¿No podías preguntar como una persona normal?

—¿Habrías aceptado? —pregunta. Se endereza y repasa lo que hizo, asiente. Lo vuelve a colocar frente a mí y se concentra en mis ojos.

—Tal vez. —Mis mejillas se calientan, intento arrugar los dedos de los pies, pero los zapatos no me lo permiten.

Nuestros compañeros comienzan a llegar, sus voces llenan el aula que antes estaba silenciosa. Sonríe con sinceridad y le da un golpecito a la punta de mi nariz.

—Deja de mirarme de ese modo si no quieres que te bese delante de todos.

Una parte de mí se pone a imaginar que tendremos bebés y seremos felices por siempre. No obstante, la parte amargada de mi interior dice que él quiere a otra chica y no debo ilusionarme tanto. Aunque me lo repita una y otra vez, Shawn provoca cosquillas en mi estómago y que mi corazón lata a la velocidad de la luz.

Me hace sentir como poeta, estoy grave. Voy a contestar, sin embargo, el profesor Golden entra justo en ese momento, deja caer una pila de hojas en el escritorio y se gira para enfrentarnos. Sus cejas entornadas me hacen retorcer. Está enojado, como un esquelético toro pelón expulsando humo por la nariz.

—Estoy decepcionado de ustedes, ¿cuántas veces les he dicho que si tienen dudas se acerquen y me pregunten? Pero esto no es cuestión de dudas, lo que pasa es que no estudiaron. Estoy muy molesto con una de sus compañeras porque todavía tuvo la desfachatez de burlarse cuando le pregunté si había estudiado. —¡Ay, no!—. Señorita Drop, ¿vendría a por su examen?

Me lanza una mirada furibunda, mis compañeros me observan con lástima. ¡Eso! ¡Vayan planeando mi velorio! Quiero gerberas rosadas y peluches de unicornios.

El camino al frente lo hago con los puños apretados. ¿Había dicho que el profesor era agradable? No creo que tenga piedad de esta pobre pecadora. Me ofrece mi examen, miro el gran cero rojo en la esquina derecha. No se ve tan lindo ahora que lo tengo cerca.

—¿Qué calificación sacó? —No puede estar haciendo esto, no puede avergonzarme así delante de todos. No es que no haya estudiado, lo he intentado, simplemente no puedo, me quedo en blanco—. Señorita Natalie, ¿qué sacó en su examen? No me haga repetirlo de nuevo.

—Cero —susurro avergonzada.

—¿Y por qué sacó esa calificación? —Oh, porque me encanta tener ceros, estúpido grano en el culo. Aprieto los labios conteniendo la rabia, incluso los ojos se me hacen agua.

—Yo creo que es bastante obvio que a Natalie se le dificulta la materia, profesor, no creo que hacer esto le ayude a mejorar. —Una voz conocida resuena

a mis espaldas. Shawn suena agitado, no quiero que lo regañen por mi culpa—. Si me lo permite, y con el debido respeto que merece, pienso que en vez de avergonzarla debería ayudarla, tal vez los métodos de enseñanza no funcionan con todos.

El resto hace sonidos, apoyándolo. ¡Tome esa!

—Regrese a su lugar, señorita Drop, y la próxima vez estudie —musita Golden con la mandíbula tensa. Hago lo que me dice, y con la velocidad de un vampiro llego a mi lugar.

El maestro se gira y empieza a apuntar un montón de cosas para resolver en la pizarra. Me dedico a apuntar escondiendo mi rostro, muero de la vergüenza. ¿Por qué no pudo suceder esto en alguna clase donde no esté él?

Seguro está pensando que soy una irresponsable que no sabe multiplicar y terminará dejando la escuela para vender chicles debajo de los puentes. Estaría bien siempre y cuando pudiera masticar los chicles de cereza.

De pronto, siento que una mano toma la mía, le da un apretón. Giro la cabeza y no enfoco.

—Está bien, es un imbécil, no te sientas mal. —Esbozo una sonrisita porque es inevitable. ¿Cómo no voy a enamorarme de él si se comporta de esta forma? ¿Cómo pongo distancia si lo único que quiero hacer es lanzarme a sus brazos?

En serio, debería escribir un libro cursi y empalagoso para no ir por ahí derramando miel y causándole diabetes a las personas.

—Gracias —susurro.

Lo veo tragar saliva y dirigir la mirada al frente, mira a su alrededor y se me aproxima sin darme oportunidad de analizar la situación. Se acerca, haciendo que nuestras narices choquen y una corriente eléctrica me recorra.

Me roba un beso, tan suave y rápido que solo sé que existió porque mi corazón ha explotado en un montón de fragmentos.

—Lo siento —dice y luce realmente apenado—. Es que no he parado de pensar en ti. No vas a enojarte, ¿verdad?

Oh, Shawn, podría ponerme a oler florecillas, cualquier cosa menos enojarme.

—No lo haré siempre y cuando tú pagues la cena de esta noche. —No quiero decirle que me gasté mis ahorros y no me han pagado en el señor Pimiento.

Sus comisuras tiemblan.

—¿Te recojo en tu casa?

—Nop, hoy trabajo hasta las nueve, ¿está bien? —Asiente.

—De acuerdo, te recojo en el restaurante entonces, será genial verte de nuevo con esa cosa en la cabeza y el atuendo rojo.

Había olvidado mi estúpido gorro, debería arrojarlo a la basura y hacer como que se me perdió. Sí, eso haré. Los dos decidimos que es mejor prestar atención, no vaya a ser que el profesor Golden quiera vengarse y nos obligue a hacer planas con la frase «No debo hablar en la clase de matemáticas».

Lo más interesante de todo el asunto no es que Shawn me haya invitado a salir, tampoco que me haya defendido delante de todo el mundo, mucho menos que me haya robado ya dos besos ni que esté coqueteando descaradamente conmigo. Lo que me hace guardar esperanzas es que no ha soltado mi mano.

Ocho

NATALIE

Ya casi son las nueve, veo continuamente el reloj en la pared. ¿Y si me deja plantada? Sería el arbusto más sensual del mundo, pero sería malo. Siento que me va a dar un tic en el ojo si no me calmo, mis manos sudan y no sé si es por los nervios o por estar volteando carnes en la parrilla.

—Salen las últimas del día —digo, mientras se las paso a mi compañera, quien se encarga de untar mayonesa en los panes en completo silencio. Ella es una chica silenciosa, es mejor no perturbarla.

Me quito el delantal y suspiro, estoy agotada.

—¿Qué te parece si tú y yo vamos a comer algo por ahí? Yo invito —murmura Jackson mientras empaqueta papas fritas. Vuelvo a suspirar.

—Hoy no puedo, Jack, tengo una cita —canturreo. Él se queda serio durante un instante, luego sonrío con suficiencia.

—Eso es genial, Nat, espero que lo pases bien. —Se gira y me tiende las bolsitas, las cuales deposito en una gran bolsa plástica junto con las órdenes—. Por cierto, ¿dónde está tu gorro?

Aplano los labios para no reír, pero la alegría cae cuando veo al viejo Ernest parado en el umbral con el ceño fruncido, lo jodido es que lleva mi sombrero.

¡Oh, no! ¡Lo encontré! Estúpida cosa, se parece a *Chucky*.

—Nat, encontré esto afuera en el bote de basura, ¿sabes cómo llegó ahí? —cuestiona, confundido.

—No tengo idea, quizá se me cayó o algo. —Sí, claro, si caer significara pisotearlo y arrojarlo a un contenedor lleno de sobras de comida. Lo tomo forzando una sonrisa, escucho la risita divertida de Jackson a mis espaldas.

Después de limpiar y dejarlo todo en orden, me despido de mis compañeros a la hora indicada. Me pongo un suéter para esconder un poco mi traje ridículo y tomo un respiro profundo. No debo hablar de más, no debo arrojarle cosas al rostro ni a la ropa, nada de hablar de unicornios y cosas raras. Dios, estoy que me cago de miedo.

La campanilla se escucha cuando abro la puerta. Al alzar la vista lo veo, está recargado en su motocicleta con una bolsa que me resulta conocida, la cual sacude para que la observe.

—Dos hamburguesas jugosas con muchas patatas, ¿te agrada la idea? —pregunta.

—Eso suena genial.

Sus hombros se relajan, sonrío de oreja a oreja y deja la bolsa en el asiento. Me ofrece su mano cuando estoy cerca, la cual tomo casi sin dudarla. Me da un jaloncito para envolverme en un abrazo.

Huele muy bien, podría devorarlo como si fuera un delicioso helado.

Esa clase de pensamientos harán que me vaya al infierno.

Pero en serio, Shawn huele muy bien, tanto que me encuentro olfateándolo en secreto. Un cosquilleo se extiende por todo mi cuerpo, como diminutas hormigas picándome. Refugia un instante su nariz en mi cabello y luego deposita un beso en mi mejilla.

—Hola, preciosa, debemos irnos ya para llevarte temprano a casa.

Me dan ganas de decirle que si quiere nos escapemos a las Vegas para casarnos, pero prometí no decir incoherencias. ¡Muérdete la lengua, Natalie! ¡Aborta la misión! ¡No pienses en eso!

Trago saliva cuando se aproxima y me coloca el casco protector. Se monta en la moto después de guardar nuestra cena y me hace una señal. Lleva puestos unos pantalones de mezclilla, y eso no me ayuda en absoluto porque su trasero se ve genial en ellos; son como pompas de jabón que quiero reventar.

Voy a sentarme en el espacio del otro día, pero no me lo permite. Lo miro con una ceja alzada, ¿quiere que vaya volando o qué demonios?

—Esta vez te toca ir adelante, vas a ayudarme a manejar. —Me quedo estática en el suelo, como una estaca clavada en el césped. Eso, definitivamente, es mala idea. No, es la reina de las malas ideas.

Es decir, Shawn estará a mis espaldas poniéndome de los nervios, su sonrisa de diversión me lo dice; y voy a estar entre sus piernas. Entre. Sus. Piernas. De. Atleta.

Voy a hacer combustión. Ve mi indecisión, así que me obliga a subirme jalándome del codo. Me siento demasiado tensa, mi espalda parece una roca. Me relajo un poco al sentir su barbilla en mi hombro, creo que soy demasiado pequeña en comparación suya, es como si estuviera dentro de una cueva.

—Tranquila, Nat, dijiste que uno de tus sueños era subirme a una moto, debes disfrutar de la experiencia completa. No es lo mismo ir atrás a sentir cómo el aire choca en tu cara.

—¿Y si tenemos un accidente? —pregunto porque mi mala suerte podría estar acechándome de cerca.

—Estoy aquí —susurra en mi oído, causándome un estremecimiento—. Yo voy a manejar, preciosa, solo quiero que disfrutes. ¿De acuerdo?

Asiento.

—Muy bien, vas a agarrar el manubrio y mirarás siempre al frente. —Una vez dicho eso, enciende el motor y acelera para calentarlo. Estoy temblando por dentro, pero también estoy muy emocionada. Jamás he hecho algo así, si mi madre me viera, seguramente me mandaría al convento para purificar mi alma. Pone sus manos encima de las mías.

Me pregunto si le gusto, aunque sea un poco, no quiero entrar en la zona de amigos porque he escuchado que es una mierda. Arranca, primero despacio, pero después aumenta la velocidad.

Sus manos son cálidas, de verdad me muero por sentir su pecho en mi espalda y su respiración en mi nuca. Sin embargo, mi corazón se acelera por otros motivos, siento la adrenalina recorriendo mis venas. Jamás me he sentido tan libre como un pájaro.

Mis cabellos vuelan y yo lamento no haberme hecho una coleta, estorban en mi campo de visión. Quiero gritar de euforia, no contengo el gritito cuando Shawn esquiva un coche.

Voy a atesorar este momento para siempre, y siempre se lo agradeceré a él por regalármelo.

Se estaciona en un parque, me ayuda a bajar y a quitarme la protección. Todavía estoy alucinando.

—¿Y bien? ¿Te gustó? —Suelto un grito de alegría y salto para abrazarlo, así es como contesto su duda. Justo ahora no me importa si quiere a Hannah, fue a mí a la que llevó en su motocicleta. Se le escapa una risita y me regresa en abrazo con fuerza. Sus brazos aprisionan mi cintura y me acercan a él—. Eres increíble.

¿Por qué demonios no puedo parar el tiempo y quedarme así para siempre?

—Gracias por esto, aunque sea algo tonto, significó mucho para mí — murmuro, aún envolviendo su cuello.

—No es tonto.

Debería hacer un invernadero en mi interior y plantar florecillas para que las mariposas vuelen por ahí con libertad en mi estómago.

Quiero preguntarle por qué está saliendo conmigo, por qué hace todo esto. No sé si pueda aceptar que un día de estos regrese con Hannah y cargue su mochila por los pasillos sin mirarme. Me da pavor, sé que dolerá muchísimo si eso llega a suceder.

Voy a abrir la boca para preguntarle, aunque eso signifique dejarme en evidencia. Por supuesto que no estoy preparada para lo que dirá, todo el aliento se me escapa cuando escucho las siguientes palabras:

—Me gustas, Nat.

Mi mandíbula cae abierta, lo normal en mí sería que me pusiera a dar brincos; pero el impacto es tal que mi mente se vacía. Él se echa hacia atrás al ver mi mudez y me vislumbra con la frente arrugada.

¡Esperen! ¡Ya sé lo que está pasando!

Seguramente estoy soñando despierta o estoy teniendo una de esas fantasías en las que él dice eso. Es que es imposible, ¿será una broma para algún canal televisivo?

—¿Qué dijiste? —pregunto porque creo que la cerilla de mis oídos me ha dejado sorda.

—Que me gustas. —¡Santa paloma cagona de las iglesias!—. Sé que puede sonar absurdo si empezamos a hablarnos desde hace pocos días, pero en serio me atraes, me gustaría conocerte.

—¿C-conocerme?

Su sonrisa de lado me hace respirar con más dificultad. Intento buscar un grano o algo feo en su rostro para tranquilizarme, pero lo único que veo son esos lunares que tanto me encantan.

—Conocerte, ya sabes. —Se encoge de hombros—. Platicar por horas, tener citas, que me digas cuál es tu color favorito y qué te gusta hacer por las tardes. Solo conocerte.

Necesito alejarme para pensar lo que está diciendo, no puedo si lo tengo tan

cerca, mirándome de ese modo y respirándome encima. Sin embargo, como si adivinara mis pensamientos, cierra su abrazo muchísimo más.

Su cabeza baja con lentitud, ubica sus labios frente a los míos.

—Di que sí, Nat —susurra, y yo creo que estoy en un sueño. Aquí es cuando me despierto en la oscuridad de mi habitación y me doy cuenta de que sigo siendo invisible para él. Solo que esta vez no voy a despertar porque nunca fui a dormir.

Nueve

SHAWN

—De acuerdo, vamos a conocernos —dice, ocasionando que una sonrisa se extienda en mi cara. Siento el impulso de acercarme para besarla, así que lo hago. No obstante, mis labios no se encuentran con los de ella, se topan con su palma.

—¿Qué pasa? —pregunto, nervioso. ¿Ya tan rápido la cagué? Mierda—. ¿Hice algo malo?

Su mano todavía se encuentra entre los dos.

—Así es, hiciste algo mal, te estás saltando muchos pasos. Dijiste que nos conoceríamos, no puedes besarme hasta que nos conozcamos.

Lanza una risita traviesa al ver mi estado de conmoción. ¡Se está burlando de mí!

—Eso es perverso, preciosa, encontraré la manera —prometo con coquetería, la siento temblar.

Me obligo a soltarla, obtengo la bolsa plástica del compartimento trasero. Caminamos hombro con hombro sin decir nada por el camino empedrado del parque. La miro de reojo un par de veces y la encuentro sonriendo.

—¿Podemos comer en los columpios? —pregunta con su timbre aniñado—. Por favor.

Nos dirigimos a la zona de juegos, gracias al cielo está vacía, no soportaría tener que estar rodeado de niños gritones y llorones. No es lo mío, si hubiera sido otra persona me habría negado. Es decir, ¿cómo voy a comer en un columpio? Pero Natalie hace que haga cosas que nunca haría.

Lanzo una risotada ahogada al verla, es tan distinta a mí. Siempre he sido un chico callado, porque a mi padre no le gusta que haga ruido si está en casa, los placeres que cualquier niño ama me eran indiferentes.

No podía comer golosinas, no podía salir a jugar por las tardes porque tenía que estudiar para ser el mejor de la clase, no podía hacer nada más que seguir la rutina: clases, deporte, artes.

¿Cuándo fue la última vez que me columpié? Es muy triste porque estoy a punto de cumplir los dieciocho, no soy un anciano.

¡A la mierda! Dejo la bolsa en el suelo y la imito, agarro vuelo y me columpio. Nat suelta una carcajada y un grito de euforia. Es como si estuviera en mi motocicleta.

—¡El que dé el salto más largo gana! —exclama y quiero ganar con todas mis fuerzas—. ¡A la cuenta de tres! Uno... Dos... Tres...

No la veo, me concentro en mi propósito. Salto cuando estoy ascendiendo, caigo sobre mis pies. No veo a Nat delante de mí ni a mis costados, creo que gané. ¡Sí!

—Ouch. —Un quejido me alarma. La busco, y la encuentro a mis espaldas, arrodillada en el suelo, está haciendo una mueca. Sin demora, me acerco para

ayudarla a levantarse—. Genial, me hice un raspón.

Coloco las manos en sus antebrazos y la levanto.

—¿Estás bien? Vamos a ver qué te pasó. —Busco a mi alrededor, pero no veo una banca cerca, por lo que la llevo al columpio para que se siente en él. Está demasiado callada, ¿se habrá pegado en otro lado?

Una vez que toma asiento, me arrodillo delante de ella y examino el raspón lleno de tierra. ¿Ahora qué hago? No puedo dejarla así.

Rápidamente pienso en lo que tengo a la mano, sería genial tener curitas. Compré una botella de agua en el restaurante, es un milagro, así que la obtengo del interior de la bolsa junto con un par de servilletas. Quito el tapón.

—Quizá moleste un poco, preciosa. —Le doy una mirada porque no ha pronunciado palabra, solo me mira con atención y asiente. Dejo que el chorro de agua caiga sobre su rodilla.

—Uh. —Su quejido me pone nervioso. Me apresuro, lanzo un suspiro aliviado cuando la zona queda limpia. Soplo despacio y limpio con la servilleta dando leves toques por toda su pálida piel.

—Listo, me gustaría ponerte pomada, pero esto es lo mejor que pude hacer. — Sus ojitos se cristalizan, sin embargo, parpadea y mira hacia otro lado para que no me percate de ello, demasiado tarde. Tomo su barbilla y hago que me enfrente—. ¿Qué sucede?

—Lo siento —susurra con la frente arrugada, yo niego porque no entiendo un carajo—. Lamento haber estropeado nuestra cita, me prometí que no haría cosas estúpidas y fue lo primero que hice. Yo...

Pongo mi dedo índice sobre sus labios para que guarde silencio. Me atrevo a tomar un mechón de su cabello rubio, es suave y se siente como la seda entre mis dedos.

—Por favor, nunca vuelvas a prometerte eso, no haces cosas estúpidas. El raspón fue un accidente —digo—. Me gusta estar contigo porque eres diferente y genial. Hacía mucho tiempo que no me columpiaba o jugaba a algo que no fuera un deporte, hacía mucho que no me divertía tanto con una chica. Entonces, te pido que no seas aburrida como las otras, porque así eres increíble. No cualquiera se vería apetecible con un gorro de hamburguesa.

—Hamburguesa con doble queso —aclara con una tímida sonrisa.

—Hamburguesa con doble queso, más delicioso todavía. —Sus mejillas se sonrojan, me dan ganas de morderlas—. ¿Quieres cenar?

Y es así como nos dedicamos a comer las ricas hamburguesas del señor Pimiento.

—¿No te gustan los deportes? —pregunta sin saber que es un tema que me entristece, nadie lo sabe, ni siquiera Hannah. En mi mundo de perfección no está permitido decir que detestas lo que se supone deberías amar.

—No, no me gustan.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —pregunta, atónita. Deja de comer y me observa con los párpados bien abiertos.

—Porque mis padres esperan que lo haga —murmuro.

—¿Te exigen que estés en el equipo de atletismo? —cuestiona a lo que asiento—. ¿Y qué te gustaría hacer?

¿Que qué me gustaría hacer? Eso es algo que nunca nadie me ha preguntado, ni siquiera yo mismo sé qué quiero hacer.

—Me gusta bailar —digo esperando que mi confesión no la haga reír. Sus labios forman un círculo. Algunas personas piensan que los chicos no deben bailar, por eso no me he atrevido a decírselo a mis padres, pero Nat luce realmente interesada.

—¿Bailar al estilo Michael Jackson? —pregunta con un dejo de diversión. Las risas burbujan, el día de la fiesta hice pasos extraños, quiero que vea que puedo ser decente.

—Ese día estaba jugando, quería llamar tu atención, creo que te mereces un buen baile —digo, recordando cómo la dejé ese día. Me pongo de pie, olvidando la cena. Ofrezco mi mano—. ¿Bailas?

Sonríe de lado y pone su mano pequeña en la mía. Me doy cuenta de que se ha terminado la comida. Le doy un jaloncito para que se estampe en mi cuerpo y pueda rodear su cintura. Es tan delgada, mis brazos podrían rodearla dos veces o 3,1416...

—No hay música —susurra.

—¿Cuál es tu canción favorita?

—Eh... Me agrada Maroon 5 —susurra.

Hago memoria y entono la melodía que más me gusta: *Sugar*. Y se siente que encajamos como un rompecabezas, ella se relaja en mis brazos y me rodea el cuello. Su perfume me rodea, su nariz en mi cuello me estremece. Mi corazón late con rapidez mientras canto esta versión desentonada.

Parece que lo disfruta, y yo lo disfruto también. Me gusta cómo Natalie Drop está entrando en mi vida, casi tanto como me gusta su dulce mirada.

Diez

NATALIE

Tarareo la canción que Shawn cantó ayer, no ha salido de mi mente, creo que hasta soñé con la tonada.

Cierro los ojos para que el champú no entre en mis ojos. Finjo que el gel, el jabón y los azulejos son personas que han venido a mi *show*. Me ahorro las presentaciones porque seguramente están ansiosos, aquí es el único lugar donde no me aventarán tomates.

—*I want that red velvet, I want that sugar sweet, don't let nobody touch it, unless that somebody is me...* —canto en voz alta al tiempo que mis dedos masajean mi cuero cabelludo—. *Sugar, yes please, won't you come and put it down on me...*

Alguien aporrea la puerta, brinco del susto y detengo mi concierto. Querido jabón, tendrás que esperar por mi hermosa voz.

—¿Podrías callarte?! ¡Tus aullidos harán que me explote la cabeza!! —Cecile grita del otro lado, me saca una risotada.

Le contesto canturreando el resto del coro, voy a enjuagarme la espuma cuando alguien le jala a algún baño y, sin que pueda evitarlo, sucede.

—¡Mierda!! —grito al sentir el agua helada estampándose en mi desnudez. Se estrella en mi cuerpo, ¡hija de su mamá con bolas de ping pong!—. Mierda, mierda.

El jabón entra en mis ojos y me pica, ¡maldito! No me aventó tomates, encontré un modo más efectivo para vengarse.

—Ay —me quejo. Saco la mitad de mi cuerpo del chorro para que solo se enfríe la parte de arriba. Tallo mis ojos en el agua hasta que el ardor es casi imperceptible—. ¡Vas a pagar por esto, versión cuatro de Avril Lavigne!

Escucho las risas de mis hermanos en alguna parte, ¡casi me dejan ciega!

No me demoro más de la cuenta, la inspiración se me ha ido, ahora parezco un pingüino tembloroso que acaba de salir de Alaska. ¿Necesito que alguien me caliente? No caigas en el pecado otra vez, Natalie, no pienses en sus muslos a tu alrededor, mejor sí, quizá así recupere el calor corporal.

Elijo mi vestuario una vez afuera de la ducha: un pantalón de mezclilla, unas sandalias y una blusa rosa. Cepillo mi cabello, que me roza los hombros, y más nada.

Salgo de la habitación mirando a todas partes, buscando a los enemigos. Al parecer no hay señal de ellos, me la van a pagar, eso sí. Bajo las escaleras y me interno en la cocina, mis ojos se entrecierran al mirarlos sentados en la mesa apretujando los labios, reteniendo la risa.

Mamá me ofrece un plato con huevos revueltos y un panecillo, se me olvida lo mal que inicié mi día... Solo por ahora, porque en cuanto pueda me vengaré, les enseñaré que puedo ser una chica mala.

—No sé qué está pensando tu cabecita, Natalie, pero ni se te ocurra hacer uno

de tus planes como el de aquella vez, porque te castigaré —dice mamá, hago como si no estuviera maquinando mi plan perverso. Mi última venganza no resultó como pretendía, el par de enanos pusieron aceite en mi jugo de manzana, entonces yo puse hormigas en sus cereales. No funcionó porque fue mamá la que se sirvió el cereal, no me dejó salir a ninguna parte durante meses—. Además, sabes que cantas horrible, cariño.

—¡Mamá! —exclamo, indignada. Ha arruinado mi esperanza de ser la próxima Miley Cyrus, quería columpiarme en una bola gigante. Escucho de fondo las carcajadas de los renacuajos y me quedo enfurruñada en la silla, saboreando mi desayuno.

Desciendo del coche de mi madre después de darle un beso en la mejilla, busco a Jas con la mirada y la encuentro sacudiendo su mano en una jardinera, así que corro para contarle sobre la cita antes de que llegue Greg y se la coma.

—¡¡Cuéntame!! —grita, eufórica, incluso algunos chicos voltean.

Amo a Jasmine, soy la mugre de su uña, soy la cremita de su oreo, soy las chispitas de su galleta, es mi mejor amiga y sé que puedo contar con ella si lo necesito; así como ella sabe que estaré cuando lo necesite.

Nos conocimos porque llevábamos biología juntas, descubrí que era admiradora de Maroon 5 al ver su cuaderno lleno de dibujos de su discografía. Lo mejor fue que no quería desnudar a Adam Levine —Adam es mío, nadie más que yo puede desnudarlo—, entonces supe que seríamos grandes amigas. El resto fue fácil porque nuestras personalidades son muy parecidas.

—¡Dijo que quiere conocerme! —exclamo en un susurro, no quiero que alguien escuche acerca de mi cita. Soy una persona supersticiosa, quizá se echará todo a perder. Va a gritar, pero me lanzo y tapo su boca con mi palma—. Fue hermoso, me hice un raspón y limpió mi rodilla. Mientras bailábamos en medio de un parque me cantó al oído, me dejó sentarme delante de él en su motocicleta. Estuvimos hablando de cosas. Dios, fue perfecto, Shawn es perfecto.

Siento su sonrisa debajo de mi mano, la suelto y doy un paso atrás, sé que ya no se pondrá a gritar cada cosa que diga.

—¿Ya estás planeando la boda? Recuerda buscar nombres de pediatras para cuando tengan bebés. —Está bromeando, sin embargo, no puedo reír. Se da cuenta de mi silencio momentáneo, su gesto divertido cae y frunce el ceño—. ¿Qué pasa?

—Que quiera conocerme no significa que vaya a sentir algo por mí, él sigue queriendo a Hannah. Tengo miedo de que entre en mi vida y luego decida marcharse, no soporto las despedidas.

Jas entiende muy bien de lo que estoy hablando. Cuando papá se fue de casa pasé semanas enteras llorando, ella cepillaba mi cabello todas las tardes y compraba palomitas de maíz para animarme. Todavía no acepto que papá tomara la decisión de irse, de dejarnos, no he hablado con él desde que pasó, a pesar de que cada semana recibo un correo electrónico. Estoy enojada, también lo extraño y no quiero extrañar más cosas.

Sé que si Shawn decide que no puede sentir nada por mí será algo muy doloroso porque estoy perdida por él, aunque no lo sepa. No pienso decirle que me lo pasaba espiándolo a escondidas, pensará que soy una lunática.

—Oh, Nat, no creo que puedas resistir si el chico viene a ti, solo déjate llevar. No lo sé, no quiero que sufras, si te hace algo malo le cortaré las pelotas y te compraré mucho helado y papas fritas. Eso haría una buena BFF. —Sonrío.

—Hola, bombón. Hola, chica hamburguesa. —Giro los ojos con diversión al escuchar a Greg, veo cómo se acerca a su novia y deposita un beso en sus labios.

—Bueno, yo los dejo, los veo en el almuerzo —digo, porque no quiero ver su intercambio de saliva y gérmenes; y amor, supongo. No me contestan, están muy enfrascados en mirarse el uno al otro con ojos de anime encandilado.

Me dirijo al interior de la escuela, rápidamente pienso en si me encargaron alguna tarea, y espero que no, no hice nada por ir con cierto chico. Me encuentro a Hannah en el pasillo, quien me saluda agitando su mano, le regreso el saludo. Me siento mejor cuando no veo a Shawn cargando su mochila.

Me detengo en mi casillero, estiro la mano para obtener mi material, pero alguien tapa mis ojos desde atrás. Sé quién es porque huele a él, no obstante, le sigo el juego.

—Adivina quién soy —dice cerca de mi oído. ¡No suspires como damisela enamorada, Natalie! ¿Dónde están tus ovarios, chica? No eres una gelatina.

Voy a abrir la boca, pero me da la vuelta. Quedo frente a un milagro de la naturaleza con lunares y sonrisa de muerte. Si tuviera mi chat abierto pondría caritas pervertidas solo para desahogarme. ¡Una luna pervertida!

Me da un abrazo y deposita un beso en mi frente.

—Hola, preciosa —murmura. Se echa para atrás y barre mi cuerpo con sus ojos.

Wow, ¿de dónde salió eso? ¿Este es el momento en el cual se me acerca y me estampa en el casillero para besarme apasionadamente en frente de todo el mundo? Pagaría lo que fuera para que se saltara lo de conocernos y lo hiciera.

Natalie, definitivamente tienes que ir a echarte agua bendita.

—Hola —contesto.

—¿Te sentarías conmigo en el almuerzo? —Asiento, un tanto impactada por su ofrecimiento. No es que no me guste la idea, solo espero que no nos sentemos en la mesa de Hannah porque, aunque la chica es buena, no me agrada mucho tenerla cerca—. Y... ¿estás libre el viernes? Va a haber una competencia y me gustaría que fueras, después podríamos ir a comer perritos calientes. La verdad es que quiero verte en las gradas.

—De acuerdo, sería genial —esbozo una sonrisa. Shawn relaja los hombros luciendo aliviado, ¿creía que le diría que no? Este chico sí que necesita lentes con más aumento, cualquiera ya se hubiera dado cuenta de mi enamoramiento, me convierto en tartamuda cuando lo tengo cerca.

—Bien.

El timbre suena como si fuera una maldición, ¿por qué justo ahora? Pero debo moverme porque hoy toca clase de artes y odio llegar tarde.

Me despido de él con un beso en la mejilla y me voy corriendo. Llego al aula

justo a tiempo, detrás de mí entra el profesor Carmichael acariciando su bigote de estilo italiano. Su bigote me gusta porque me recuerda a la pasta que hace la abuela.

Veo que Hannah está sentada al lado del lugar que procuro ocupar, así que me voy a otro. No me apetece charlar con ella acerca de sus últimas compras en el centro comercial, además, detesto que me pregunte cómo hacer los trazos.

El maestro dividió el programa de clases en estaciones para abarcar todas las artes. Iniciaremos con la estación literaria, hace una exposición sobre el cubismo literario, estoy fascinada al ver cómo crean un poema dentro de una figura. Quiero hacer eso.

—Vamos a trabajar en el cubismo y la poesía, para la próxima clase van a traer un ensayo acerca de la poesía en todas sus formas, colores y sabores. Lo más completa que puedan. Nat, voy a mandarte la presentación de hoy para que se la pases a tus compañeros. —También me agrada Carmichael porque soy su alumna preferida.

A la hora del almuerzo Shawn está esperándome afuera de la cafetería. Jas me hace un guiño cuando lo ve, espero que no la haya visto. Tomamos la comida y nos dirigimos a una mesa solitaria. Sep, seremos solo nosotros dos.

—¿Te gusta mucho la clase de artes? —pregunta.

—Sí, creo que es lo único que hago bien, ¿cómo lo sabes?

—Harold me dijo algo y te fuiste corriendo en la mañana antes de que pudiera decirte lo linda que te veías, te vi entrar al aula. —Destapa su refresco—. ¿Te gusta el color rosa?

¿Me está analizando o qué?

—¿Cómo lo sabes? —Sonríe con timidez, creo que alcanzo a ver que se sonroja, pero no estoy muy segura.

—Casi siempre traes algo de ese color. —Abro la boca con sorpresa, no me había dado cuenta de ese pequeño detalle.

Voy a preguntarle si tiene un color favorito, no obstante, alguien se sienta a su lado interrumpiéndome. Hannah aparece en mi campo de visión sonriendo, dirijo mi vista hacia otra parte porque no quiero ver cómo la mira, cómo le regresa la sonrisa. No quiero ver cómo se arruga mi corazón.

Once

SHAWN

Nat abre la boca y la cierra al igual que un pez, agacha la cabeza como el día del parque cuando no quería que viera sus ojos. No entiendo su actitud hasta que el olor de Hannah hace que me gire, la encuentro sentada a mi lado, sonriéndome. ¿Cuándo llegó?

Trago saliva con nerviosismo, la saludo con una rápida sonrisa y vuelvo a mirar a Natalie, quien observa su comida como si fuera muy entretenida.

¿Qué debo hacer? No le quito la mirada de encima, esperando que vuelva a mirarme con su típica alegría, pero simplemente no pasa. Está enmudecida, no creí que eso fuera posible.

—¿Cómo están, chicos? —pregunta la rubia a mi lado con su vocecita infantil—. Nat, qué bueno que te sientes con nosotros.

La mencionada levanta la cabeza con rapidez y enfoca a Hannah, se limita a asentir con seriedad.

Parezco un estúpido mirando de un lado a otro, me siento mejor cuando Harold se sienta en nuestra mesa. Creo que Nat también se relaja, y no sé por qué ese pensamiento no me gusta.

Harold me dijo quién era Natalie después de que ella me arrojó accidentalmente aquel caldo en la cafetería, me sorprendió saber que es su compañera en el laboratorio de química, es decir, somos amigos de las mismas personas, ¿por qué demonios yo no la conocía? Él me animó a ayudarla a abrir su refresco el otro día, lo mismo sucedió en la fiesta, atrapé a Natalie antes de que se cayera porque Harold me empujó.

—¿Hiciste la tarea? —le pregunta él a mi cita, ganándose una sonrisa.

Mi mejor amigo no ha parado de hablar bien de ella, terminó confesándome el motivo por el cual me decidí, no estaba seguro por cómo terminó mi última relación, no quería intentarlo con nadie más, mi enamoramiento por Hannah lastimó a algunas chicas en el pasado.

Le gusto a Natalie Drop, entonces comprendí todo ese nerviosismo, el tartamudeo y las mejillas enrojecidas. Es bonita, graciosa y dulce, hay algo en ella que me llama la atención, es consciente de lo que siento por Hannah, así que, ¿por qué no intentarlo? ¿Cómo espero dejar de querer a Carson si no me doy una oportunidad verdadera? Aunque quizá la habría invitado de todas formas, aquel beso no estuvo nada mal, ni los que lo siguieron, todavía puedo sentir su aliento a cereza en mi boca.

Quiero tomar el brazo de esa rubia sonriente y llevarla a otro lado donde nadie pueda interrumpirnos. A un lugar donde me sea fácil romper las reglas y besarla o simplemente observarla, tiene esta manera de mirarme que me acelera el pulso.

—Sí, creo que me gusta la química orgánica —dice, al tiempo que toma una manzana de su charola y la muerde—. Solo me faltó el problema número tres,

no le entendí un carajo.

—Yo lo respondí, si quieres puedo mostrarte cómo se hace, no hay nadie en el laboratorio ahora. —¿Qué demonios está haciendo Harold? ¿Le está coqueteando? Nat abre la boca para contestar.

—No es necesario —me apresuro a decir—. Natalie y yo tenemos un trato, le ayudaré con las tareas que quiera.

Ella se me queda mirando con sorpresa, mientras él sonrío con suficiencia. ¡Hijo de puta! ¡Ya entendí! Estoy tan enfrascado en mis pensamientos que no me doy cuenta de la otra chica, que está llamando mi atención, hasta que su palma se mueve frente a mi rostro.

—Tierra llamando a Shawn, ¿escuchaste lo que te dije? —niego, dándole una mirada de reojo, sin atreverme a actuar como siempre lo he hecho. Si quiero olvidarla debo empezar a alejarme, debe entender que solo está haciéndome daño—. Me enteré por ahí de que habrá una competencia el viernes, ¿qué dices si me pongo la blusa del equipo, te echo porras y después vamos a la fiesta de Jonas?

Eso en otro momento hubiera causado un incendio en mi pecho, mi corazón late de prisa, pero no me alegro con la misma fuerza. Podría decirle a Nat que salgamos en otra ocasión, sin embargo, sé que me la pasaré sentado con Han mientras ella habla con sus amigas, no querrá bailar conmigo, no se subirá a mi motocicleta y no me mirará como Natalie lo hace. No será tan divertido, no quiero ir con Hannah.

Soy testigo del momento en el que sus comisuras caen y enfoca a Harold, ¿piensa que la haré a un lado? Es probable por cómo actué en aquella fiesta, no lo haré de nuevo.

—Lo siento, Han, pero ya tengo una cita. —Y estoy seguro de que tenerla en las gradas será genial, después iremos a por esos perros calientes y haré que se sonroje y tartamudee. Haré que se ría y me hará reír.

Sus ojos café enfocan los míos, le sonrío y le doy un guiño. Quiero con fuerza dejar de tener sentimientos por alguien que nunca se fijará en mí, quiero estar enamorado de alguien real y no de un espejismo.

—Oh, igual estaré por ahí —dice con alegría y sigue comiendo.

Me pongo de pie de un salto, causando que todos me miren. Rodeo la mesa y me sitúo a sus espaldas. Nat levanta la vista y alza una ceja en mi dirección.

—¿Qué te parece si tú y yo seguimos con nuestra cita del almuerzo en otro lado? —Escucho la risita divertida de Harold, quiero darle un puñetazo en la nariz. Aunque nunca he sido un chico violento, me ha empujado demasiado. Algún día lo haré.

Me siento más relajado cuando me da su mano, por un instante creí que me mandaría a la mierda. ¿Por qué una chica hermosa y divertida querría estar con alguien que lucha para no pensar en otra? No lo sé, pero no la quiero lejos porque con ella todo es sencillo y fresco, es como sacar la mano por la ventana mientras llueve y el coche va caminando en una carretera.

Salimos de la cafetería tomados de la mano, sus dedos se entrelazan con los míos causando que una corriente eléctrica me recorra entero. Se siente bien.

—Si quieres ir con Hannah no hay problema —murmura.

—Quiero ir contigo.

—¿Por qué?

—Porque me gustas, ¿necesitas otra razón? —La miro de reojo y me encuentro con una linda sonrisa.

—No, no necesito otra razón.

—Qué mal, iba a convencerte llevándote atrás de las gradas para hablar a solas.

—Quizá sí necesite otra razón —dice al tiempo que tapa su boca con las manos intentando retener la risa, pero falla, y los dos terminamos carcajeándonos.

Limpio el sudor de mi frente e intento controlar la respiración agitada, creo que debo dejar la comida chatarra o terminaré perdiendo la condición física. El entrenamiento ha terminado con mi entrenador disgustado, ya que no superé la marca de la semana antepasada y con mis pies calientes y punzantes.

No hay tráfico en las avenidas, me detengo en mi casa. Es de dos pisos y de color crema, afuera hay un árbol que mamá y yo plantamos cuando tenía diez. Antes me gustaba sentarme y apoyar la espalda en el tronco, dejé de hacerlo cuando papá dijo que solo me hacía perder el tiempo. Si mi entrenador habla con mi padre, soy hombre muerto.

Mi madre abre la puerta y me recibe con un montón de preguntas, he estado mucho tiempo fuera de casa. No me gusta preocuparla, no obstante, tampoco me agrada mucho estar cuando el gran señor Price está, papá solo sabe crear discusiones y yo prefiero ahorrarme los malos sabores.

Ceno evitando contarle sobre Natalie, sé que si se entera se lo contará a mi progenitor y me obligarán a traerla a casa. No quiero que Nat se ponga nerviosa, mis padres pueden ser muy intensos.

Voy a subir las escaleras justo en el momento en el que papá entra con su maletín y se dirige a mí negando.

—¿Cómo es posible que no hayas alcanzado el objetivo? ¿Así piensas ganar, Shawn? —Me gustaría contarle cosas a papá, como que me gusta una chica que se preocupa por lo que quiero hacer y no en qué tan perfecto puedo ser. Que estos últimos días me he sentido muy feliz y me importa un carajo si gano la carrera.

—Buenas noches, papá —susurro y subo, escuchando su bufido.

Lo triste de todo el asunto es que siempre acabo encerrado en mi habitación. Es igual, no importa la fecha u ocasión. Tomo mi celular y abro una conversación nueva. Pienso en qué decirle.

¿»Estás pensando en mí«?

Tienes suerte, justo eso estaba haciendo.

Su contestación me saca una sonrisa.

Dulces sueños, preciosa.

Doce

NATALIE

Tomo el tubo lleno de líquido rojo y lo vacío en otro que ya está medio lleno. Harold está a un lado con una libretilla haciendo anotaciones, puedo ver su cara escondida llena de diversión.

—Así que tú y Shawn... —Le lanzo una mirada mordaz de reojo y continúo con el experimento, no quiero causar una explosión.

—Cállate —susurro.

—¿Qué? Antes te gustaba hablar de él todo el tiempo. —Retiene la risita.

—Apunta: debo callarme mientras Natalie opera líquidos que podrían ser mi destrucción.

—Solo sacan ronchas —dice.

—Recuerda que soy amiga de Jasmine —canturreo reajustándome las lentes de protección y echando hacia atrás la manga de mi bata blanca.

Mi comentario hace justo lo que quiero, Harold cierra el pico y sigue trabajando. Sí, a él le gusta Jas, nos sentíamos identificados porque es chistoso que nuestro enamoramiento sea por el mejor amigo del otro. Me agrada Greg, pero me gustaría más que estuviera con Har, porque es un buen chico. Es como ella, no el otro lado de la tortilla. Jasmine no lo sabe y no creo que se entere nunca mientras tenga novio y siga perdidamente enamorada de él.

En el vestidor me pongo mi atuendo deportivo, retraso todo lo que puedo el momento, no quiero salir al gimnasio con todos esos chicos mirando mis piernas, tampoco quiero que se burlen de que no puedo atrapar una estúpida pelota. Yo no tengo la culpa, parecen misiles queriendo estrellarse en mi cabeza, tengo el derecho de esconderme.

Curiosamente la entrenadora disfruta colocándose en la portería.

—¡Muy bien! ¡Diez vueltas a la cancha! ¡Por cada distracción es una más! —Suenan el silbato. Santo Jesús del pesebre de madera, ¿qué hice para merecer esto? ¿Diez vueltas? ¿Quiere que mis piernas se conviertan en palillos para tejer o qué carajo?—. Andando, señorita Drop, ¿o quiere que sus compañeros sufran las consecuencias?

Todos se quejan y me lanzan miradas de reproche, y refunfuñando inicio la carrera. Antes podía fingir que tenía cólicos o que me dolía el tobillo, pero la profesora terminó dándose cuenta de que eran mentiras. Tal vez por eso me odia, por eso y porque una vez la golpeé con el balón.

No me gustan los deportes, prefiero hacer cosas más simples como sentarme en el sofá a comer Cheetos. Quiero Cheetos ahora. Mi condición física es pésima, alguien debería hacer más ejercicio y ponerse a dieta.

—Si respiras por la boca te vas a cansar más pronto, preciosa. —Le doy una

mirada de soslayo, ¿cómo hace para verse bien mientras corre? Quiero detenerme para admirar su cuerpo sudoroso, sin embargo, no deseo correr más vueltas.

—Ha hablado Michael Jordan. —Su risotada ahogada me hace bufar.

—Michael Jordan fue el mejor basquetbolista. —Se burla de mí dándose la vuelta y corriendo de espaldas—. Un beso a que le doy la vuelta y te alcanzo.

Lo imagino poniéndose delante de mí con los labios fruncidos queriendo que corra para alcanzarlo y besarlo. Creo que he visto muchas películas románticas últimamente. Necesitas acción, Natalie, acción que te haga correr.

—Eso es injusto, eres un atleta, yo soy más artística. —La respiración comienza a fallarme, sé que si sigo hablando me desmayaré. Eso no es una mala idea, si me desmayo Shawn podría llevarme en brazos a la enfermería.

—Respira por la nariz —dice agitado. Siento el impulso de abofetearlo, ¿cómo quiere que respire por la nariz cuando se pone tan parlanchín?

Creo que voy a tropezar, así que me estabilizo. Levanto la vista para darme otra probada de su imagen, pero no lo veo. ¿Ahora es un vampiro? ¿Damon, eres tú?

Escucho las risas del alumnado, busco la causa. Shawn está corriendo como un maldito guepardo. Los esquiva a todos zigzagueando. Acelero el paso, sintiéndome ridícula, al menos perderé luchando como una verdadera guerrera.

Quiero gritar de euforia. He dejado atrás a unos cuantos, siempre soy la última de la gran fila. Escucho sus pisadas antes de que se detenga y siga corriendo a mi ritmo. Antes de que podamos hablar, un silbato se escucha desde el centro del gimnasio.

—¡Una vuelta más porque a su compañero le gusta alardear!

Un coro de jadeos indignados se escucha, pero estoy divertida. Sí, yo, Natalie Drop, me estoy divirtiendo en la clase de deportes.

Al final la entrenadora se apiada de nuestros muslos temblorosos y vacía una red de pelotas de fútbol en el suelo brillante. Al parecer quiere apiadarse de mí y mis esfuerzos, no me pone como portera, pone a Shawn.

Me formo en la fila, les doy mi lugar a muchos de mis compañeros hasta que la profesora niega medio furibunda. Cuando estoy frente al balón apretujo los ojos, ¿por qué tengo que ser tan torpe?

Los ojos de Shawn brincan con emoción, su sonrisa de suficiencia me hace apretar los puños. Luego me avienta un beso y empiezo a ponerme nerviosa. Todos se dan cuenta y gritan cosas que me hacen enrojecer.

Se coloca en posición, yo respiro profundo y pateo la bola con mi pie. Esta vuela y cae en sus manos, justo ahí. Sé que lo ideal sería meter un gol, sin embargo, para mí significa muchísimo lo que he logrado. De aquí a las olimpiadas hay un solo paso.

El timbre suena indicando el término de la clase, suelto el aire. Voy a dirigirme a los vestidores como el resto de mis compañeras, pero alguien me detiene por el codo. Lo enfrento. Quería evitar que me viera sudorosa y apestando a pez muerto, pero al parecer no le importa, porque quita un mechón mojado de mi frente y me sonrío.

—Estuviste genial —murmura.

—Yo siempre —respondo divertida.

—Gané nuestra pequeña apuesta, ¿no crees que me debes algo?

—Yo nunca acepté la apuesta, listillo. —Se encoge de hombros.

—No perdía nada intentándolo. —Se ve tan tierno que quiero besarlo yo misma, en serio—. Ya quiero que sea viernes.

—Yo también, pero en este momento quiero tomar una ducha rápida porque apesto a perro muerto. —Sonríe y abre la boca para contestar, pero antes de que diga algo que me obligue a quedarme, me aproximo y me pongo de puntitas para depositar un beso en su mejilla—. Eres muy guapo.

Salgo corriendo, sonriendo como una tonta y dándome golpes en el pecho porque lo dije sin tartamudear.

Camino hacia la parada de autobuses a la hora de la salida con los auriculares puestos, escucho a mi sexy novio Adam cantándome al oído. Al parecer el sol quiere quemarme.

El camino lo hago totalmente perdida en mis pensamientos, estoy buscando una buena venganza para Cecile, quien decidió que meterse conmigo era gracioso; pero le daré una lección, solo necesito encontrar a mi futura nueva amiga peluda.

Me bajo frente a una veterinaria y elijo a la más grande y fea. Me la dan en una pecera, me río macabramente a pesar de que el vendedor me observa con desconfianza. Como no soporto ver que mi amiga me mire con sus múltiples ojos, la meto en el bolso y voy a casa. Antes me detengo en una tienda y compro una cosa más para mi perfecto plan.

Trece

NATALIE

Me dejo caer en la banca lanzando un suspiro, mi bolso cae en el suelo. Me desparramo en el asiento. Un tipo se sienta a mi lado y se pone a dibujar cosas raras en su cuaderno.

Shawn entra junto con Harold cinco minutos antes de que inicie la clase, hace una mueca de disgusto cuando ve que no estoy sola. No obstante, se dirige hacia mi dirección y toma asiento delante de mí. Demonios, no, voy a querer estirarme toda la maldita clase para lamer su oreja.

Se gira para colocarse de lado y apoya su codo en mi pupitre. Observo con atención cómo eleva la ceja y me sonrío. Pone su otra mano cerca de la mía. Buda, dame tu poder, no puedo perder el control, aunque me mire como si fuera un pastelillo apetecible.

—Hola —murmura al tiempo que su dedo índice acaricia el mío.

¿Esta es alguna clase de juego previo? No necesito juegos, estoy más que dispuesta.

—Hola.

—Falta menos. —Apretujo los labios para no sonreír como una estúpida. Su mano voltea la mía, dejando al descubierto mi palma, con sus dedos recorre las líneas, sigue los caminos—. ¿Has tenido alguna dificultad para contestar los problemas? Puedo explicarte lo que no entiendes.

—No entiendo nada, Shawn, mi mente es mantequilla cuando veo números, todo se me resbala. —Ríe entre dientes.

—Si quieres puedo darte clases, no sé, en la biblioteca, en mi casa o en la tuya... —Abro los párpados con horror.

A mi mente se vienen un montón de ideas y todas son escalofrantes, los Oompa Loompa saltando encima de Shawn y jalándole el cabello para molestarlo. Mi casa es un desastre, mi madre lo llenaría de preguntas o le enseñaría fotos de mí desnuda cuando tenía diez. No quiero que me vea desnuda cuando mis gomitas eran inexistentes.

—En mi casa no —me apresuro a decir. Su desconcierto me hace querer golpearme la cabeza—. E-es que h-hay u-un panal... ¡Sí! ¡Hay un panal! Hay un panal en el árbol de la entrada y es peligroso, y-ya sabes, hay abejas y aguijones filosos con veneno.

Me contempla enmudecido, incluso creo que se ha convertido en estatua. Después de unos segundos de silencio, lanza una carcajada estruendosa que hace que se doble por la mitad. Algunos de nuestros compañeros nos miran con diversión.

Listo, Natalie, cruzaste la línea, eres lo que sigue de patética. Y no me gusta que se burle de mí, debo controlarme antes de hablar. Voy a quitar mi mano, sin embargo, es más rápido. La captura y la agarra con firmeza, la diversión se ha ido de su rostro, ahora es todo serio.

—Lo siento, preciosa, ¿qué te parece si vamos a una cafetería y ahí te explico todas tus dudas? —Asiento, conforme.

—¡Que alguien me ayude! ¿Podrían conseguir un maldito hotel y dejar de flirtear cuando estoy cerca? —El chico a mi costado se levanta con frustración y arrastra sus pies para alejarse. ¡Alguien necesita ser flechado con urgencia o acabará siendo el Grinch del amor!

Shawn no pierde el tiempo, se levanta con premura y se sienta en el sitio vacío justo cuando el profesor Golden entra al aula y pide atención. Toma un gis y llena el pizarrón con números y runas satánicas que quieren poseer mi mente hasta trastornarla.

Me enfrasco por completo en la tarea, copio los ejercicios, pero me detengo en seco al sentir cómo algo asciende por mi pierna desnuda. Unas patas suben y yo quiero morirme, empiezo a sudar frío.

—Oh, Dios —susurro con el timbre tembloroso, cagada de miedo.

—¿Qué pasa? —cuestiona Shawn inspeccionándome.

Mi respiración se acelera, creo que sufriré un ataque de pánico. Esto me pasa por querer poner arañas en la almohada de Cecile. ¿Cómo pude olvidar a mi mejor amiga peluda? ¡No la saqué del bolso!

—Mierda. —Lo miro con terror, esperando que entienda qué es lo que quiero decir, pero él niega con confusión—. U-una t-tarántula en m-mi p-pierna.

Se queda inmóvil, aquí es cuando me rescata con su espada para protegerme, no es momento de quedarse estupefacto.

—Haz algo —lloriqueo—. Prometo ser una niña buena a partir de ahora, incluso me comeré las verduras hervidas que mamá hace en año nuevo, pero, por favor, quítamela.

Mi estómago se revuelve con pánico, porque sus patitas no se detienen, no soporto más. Lanzo un grito que retumba en las paredes del salón y provoca que todos salten del susto.

Me levanto, empiezo a saltar y a menear el cuerpo sin dejar de gritar como una demente. Cuando se dan cuenta de qué es lo que sucede, un montón de gritos me acompañan. Creo que ya no la tengo en mi cuerpo, sin embargo, la sensación sigue ahí, no puedo detenerme. El alboroto no ayuda a disminuir lo que siento.

Quiero echarme a llorar en la cama con Mazapán, mi oso de peluche, el cual está abandonado en alguna parte de mi armario. Unos brazos me detienen, pronto me encuentro siendo abrazada por alguien.

—Tranquila, ya está todo bien —susurra. Su voz hace que me calme y detenga mis movimientos bruscos.

—¿Cómo pueden temerle a esta pequeña traviesa? —pregunta el Grinch, agarrando al animalillo como si fueran almas gemelas encontradas en medio de la playa. Parece una tarántula feliz colgada de sus dedos.

—Señor Black, saque a esa cosa de aquí, y todos los demás sigan con lo suyo a menos que quieran pasar la tarde en detención.

—Me dirige una mirada mordaz. Muy a mi pesar, me suelto y me siento de nuevo. Tengo que encontrar una venganza menos tenebrosa.

No entro a trabajar hasta las seis de la tarde, así que le pedí permiso a mamá para que un chico misterioso e inteligente me diera clases para mejorar. Claro que no mencioné la parte de que es mi amor platónico, ¿a quién le importa eso?

Acomodo mi blusa y tomo una respiración profunda antes de entrar a la cafetería en la que quedamos. Busco entre las mesas y lo localizo cuando me saluda. Aprieto los libros como si fueran mi escudo, a pesar de que es más fácil hablar con él, todavía siento que voy a desmayarme si se acerca demasiado.

Las sillas misteriosamente están demasiado juntas. Hago como que mis piernas no son fideos y me escurro para sentarme evitando que nuestros hombros se toquen. Me pregunta si quiero algo, y niego porque no quiero que pague.

Se levanta y se dirige al mostrador, mientras me entretengo abriendo la libreta y señalando las cosas que no comprendo. He decidido meterme en mi papel de estudiante preocupada. Ajá.

Coloca un platito con una dona frente a mí, ¿por qué tiene que ser tan dulce? Pone su brazo en mi respaldo y me presta atención. Señala unas cosas y aclara otras, me da trucos y yo entiendo un poco cómo las personas pueden encontrar el valor de x .

Catorce

SHAWN

Abrocho las agujetas sentado en la banca de los vestidores. Respiro profundo y me mentalizo, es una rutina que hago para relajar los nervios.

Se escucha un rechinado, unos pasos traquetean. Pronto levanto la cabeza para ver qué mujer se ha atrevido a entrar al baño de hombres. Hannah camina decidida y me sonrío con suficiencia, así que hago lo mismo. Se sienta a mi lado y acomoda su falda larga de color negro que combina con la playera del equipo. Yo se la regalé.

—¿Ya estás listo para correr? —pregunta.

La verdad es que no, creo que jamás estaré listo, pero no me atrevo a decírselo, porque dirá que es mi obligación y suficiente tengo ya con mis padres.

—Listo —respondo antes de seguir acomodando mis zapatillas.

—Natalie está afuera. —Su nombre hace que la mire. Me observa con los ojos bien abiertos, quizá porque mi ceño está fruncido—. Es muy linda.

No es linda, es lo que le sigue. Y es divertida, hace cosas geniales, es un respiro entre tanta presión. Este último año será difícil, más porque papá espera que vaya a la mejor universidad y estudie medicina sin importar si es lo que yo quiero. Odio la sangre. Ella hace que lo olvide todo y me concentre en el momento.

—Lo es —digo, seco.

No sé por qué me siento incómodo hablando con Han de Nat, a pesar de que hemos hablado de muchas cosas. No quiero que nadie se meta, mucho menos ella.

—¿Están saliendo? ¿Tus padres ya lo saben? —Aprieto la mandíbula porque ese pensamiento me enfurece. Se supone que mi familia busca lo mejor para mí, pero puedo asegurar que a mi padre no le agrada Nat aunque sea la chica más increíble que haya conocido.

Adiós, momento de tranquilidad precarrera.

—Salimos, y no, no lo saben, no tienen por qué saberlo. —Me pongo de pie de un salto. Me atrevo a mirarla por un corto instante. Es tan linda con sus caireles rubios y sus labios rosas, es demasiado pálida y sus ojos azules siempre me parecieron como un cielo lleno de nubes. Debo dejar de pensar en eso.

—Bueno... —suspira con pesadez y se pone sobre sus pies—. Quería desearte buena suerte antes de que todos quieran tener un poco de ti.

—Gracias —digo.

—De acuerdo, entonces me voy. —Se queda quieta unos segundos, no digo nada, se tambalea un tanto nerviosa. Hay un aire extraño entre los dos, uno que antes no estaba ahí y que me entristece, creí que éramos amigos, sin embargo, sus acciones me han indicado que soy más como un acompañante, que la venda haya caído duele. Por otra parte, siento que es mejor así, aunque no lo entiendo del todo.

La veo girarse con pasos apretados y salir del sitio sin voltear. Suelto un respiro que estaba reteniendo y salgo minutos después. La pista está compuesta por seis calles que ya están siendo ocupadas por los atletas concursantes. Veo a mis compañeros esperándome en mi puesto con los uniformes. Yo corro las libres y ellos las de obstáculos, así que estoy solo hoy.

Me reciben con asentimientos y golpes en el hombro, me desean suerte y se van a la banca. Escucho cómo mi escuela celebra y cómo gritan. Quiero voltear y comprobar que Natalie está aquí, pero sé que papá está en alguna parte y no le agrada que me distraiga. Me sacudo y caliento los músculos. Tú puedes, Shawn, solo es una más.

Soy el número cuatro. Miro al frente, no despego la vista de mi calle. Me pongo de cuclillas y coloco los pies en posición. Agacho la cabeza, se escucha el primer sonido, endezco las piernas dejando al aire mi cadera. El tronido resuena indicando el inicio, empiezo a correr. No me fijo en los otros, solo me concentro en correr los cien metros.

Corro, pensando en que al final Natalie y yo tendremos una cita, cuanto más rápido termine, más pronto podré ir con ella. Encuentro la meta con la vista y la paso. No me detengo, sigo corriendo hasta disminuir la velocidad. Segundo lugar.

Los asistentes gritan, yo solo veo a un hombre que quiere reunirse en el centro donde están colocados los escalones. Subimos los tres primeros lugares y nos dan las medallas. No debería sentirme bien con la de plata, extrañamente es así.

Veo a la gente llenar la pista, muchos me felicitan, no obstante, a quien quiero encontrar es a cierta rubia. Y lo hago, la encuentro caminando junto a Jasmine. Mis pies se dirigen automáticamente hacia ella, quien todavía no se ha percatado de que estoy observándola.

Me detengo solo para que se tropiece conmigo. Se estampa y pierde el equilibrio, así que rodeo su diminuta cintura. Parpadea unas cuantas veces para enfocarme, esboza una sonrisa deslumbrante y me abraza con emoción. Soy un maldito río de sudor, no quiero ensuciarla, pero tampoco soltarla.

—¡Felicidades! Fue increíble, parecías un proyectil. —Suelto una risita por su comparación y me echo hacia atrás para mirar su rostro.

—Quedé en segundo lugar —murmuro. Su cabeza se ladea como si estuviera analizándome.

—¿Y? La diferencia fue mínima, yo creo que nunca había visto que corrieras tan rápido. —Una sonrisa se forma en mis labios al comprender sus palabras. Alzo una ceja con picardía.

—Así que me observabas desde antes. —Sus labios forman un círculo y sus mejillas enrojecen. Abre la boca, sin embargo, una voz que conozco muy bien la interrumpe.

—Shawn. —Aprieto los dientes al escuchar a mi padre.

Sin más remedio suelto a Nat, no la alejo, solo enfrento a mi padre. Su expresión no me dice mucho, o tal vez sí, no es como si sonriera a menudo por mis logros; pero definitivamente no le gustó mi segundo lugar. Le da una mirada airada a Natalie que me enfurece, más cuando siento que se encoge a mi lado.

—¿Podrías dejarme a solas con mi hijo, niña? —¿Por qué tiene que ser así? Me gustaría que me abrazara y me felicitara como los padres del chico que ganó el tercer puesto.

—Lo siento, papá, en este momento no tengo tiempo para discutir contigo sobre mis segundos de retraso en la carrera. Es absurdo, estoy cansado, hambriento e iré con mi chica a otro lado. —La rabia en mi voz es palpable. Me observa con confusión, nunca lo he enfrentado.

Tomo el codo de Nat y la obligo a seguirme antes de que mi padre diga alguna cosa que me avergüence. Me dirijo a los vestidores con una rubia enmudecida, la miro por encima de mi hombro. Me da un poco de gracia ver su rostro contrariado.

Justo antes de pasar el umbral, se detiene.

—Es el vestidor de hombres. —Alzo una ceja, no comprendo qué quiere decir—. No quiero ver torsos desnudos y chicos sensuales en toalla, paso, es demasiada tortura.

Una punzada en mi pecho hace que me acerque. Nat se hace hacia atrás hasta que topa con una pared. La arrincono y pego mi cuerpo al suyo, he descubierto que me encanta estar con ella así.

Retiro un mechón de su cabello y coloco mi mano en su cintura. Traga saliva varias veces.

—No me gustaría que vieras hombres desnudos, preciosa. —Recorro sus facciones con la mirada y encuentro un lunar en la esquina exterior de su ojo que no había visto antes y me gusta—. No hay nadie, no tienes por qué preocuparte, el único torso desnudo que verás será el mío.

—A t-tu p-padre le d-dijiste que e-era tu... —No termina la frase. Solo ahora me doy cuenta de lo que le dije, hasta a mí me sorprende.

—Nos estamos conociendo, ¿no? —Asiente—. Nos hemos besado, nos hemos abrazado, hemos pasado tiempo juntos y no estamos conociendo a otras personas.

—No sé tu cumpleaños —dice atropelladamente como si fuera una excusa. Si no estuviera cubierto por sudor me pegaría más para ver qué tanto puede aguantar.

—Ni yo el tuyo, aun así, me gustas.

—D-deberíamos seguir c-conociéndonos antes de... Ya sabes —murmura con el timbre tembloroso.

—Será como tú quieras, solo quita esa cara de espanto. —Beso la punta de su nariz y vuelvo a jalar su brazo para entrar.

Quince

NATALIE

Estoy en el vestidor de chicos con Shawn Price, mi *crush*, desnudo a unos cuantos pasos. Desnudo, sin ropa, en pelotas. ¡Por todos los *fruit loops* de los supermercados de Tennessee! Solo tengo que caminar para mirarlo como Dios lo trajo al mundo.

Debería atarme a la banca, no es bueno espiar a la gente. Me lo repito para no ir corriendo a observar cómo el agua limpia su cuerpo. Mierda, imaginar su pecho mojado no ayuda en absoluto. Joder, joder, joder.

Me pongo de pie, ansiosa, y comienzo a dar vueltas como un león enjaulado, no... como veinte leones enjaulados estresados porque quieren comer; la única diferencia es que yo quiero mirar. En la banca está su ropa, seguro ahí están sus calzoncillos, los cuales guardarán a su trasero como un cofre del tesoro. Este chico me está trastornando.

«Dios, Natalie, estás loca», susurro para mí misma sin detener mi recorrido. Al menos, si me pongo a contar los pisos del suelo, no pensaré en lo que tengo cerca. «Piensa en las espinillas de Frank, piensa en eso».

—¿Quién es Frank? —Su voz me hace buscarlo, casi me arrepiento de haberlo hecho... Casi.

Ahí está él, con su jodido torso desnudo, su jodida toalla envuelta en su cadera, su jodido cabello mojado y despeinado, su jodida sonrisa traviesa y las jodidas gotas de agua cayendo desde sus hombros. Todo es muy jodido.

Es delgado, pero tiene cosas marcadas que no debería haber visto. Ahora no podré dejar de pensar en eso. Jesús, prometo que iré a la iglesia y te daré gracias por crear a ese sujeto tan perfecto.

Mi mandíbula está a punto de tocar el piso, no puedo cerrar la boca por más que me esfuerzo, en cualquier momento me saldrá baba. Mis neuronas andan bailando.

—Frank es mi hermano. —Es lo único que puedo decir.

Los ojos se me salen de las órbitas al verlo caminando hacia mí, lanza una carcajada cuando camino hacia atrás como si fuera un cazador y tuviera que huir de sus garras. Cada vez lo veo más cerca, esta vez no hay nada a mis espaldas que me haga sentir segura, pero él me aprisiona en un abrazo fuerte. No levanto la vista, veo fijamente sus clavículas y coloco mis manos en sus antebrazos.

¿Es mi imaginación o está haciendo calor?

—No lo sé, también tengo calor —dice divertido, y yo quiero abofetearme la cara. Estúpida, ¿por qué justo tenías que decir algo tan vergonzoso en voz alta?—. ¿Te digo algo?

—Sí —susurro.

—Estuve pensando toda la semana en ti. —Elevo la mirada hasta la suya y me quedo perdida en sus ojos de color café—. ¿Por qué no te vi antes?

No quiero decirle que fue por Hannah, porque rompería el momento. Siento

que estamos en una burbuja, todo sería genial si tuviera más ropa y mis dedos no estuvieran tocando su piel caliente... y mojada.

—¿Por qué no te conocía? —pregunta—. ¿Por qué si eres hermosa? ¿Por qué, Nat?

—Porque no había un caldo inteligente que nos encontrara. —Dibuja una sonrisa en su cara, antes de ponerse serio y observar mi boca—. Si alguien entra y nos ve así, podría malentender la situación.

Relamo mis labios inconscientemente, estamos demasiado cerca, todo se siente demasiado íntimo. Quizá es porque está desnudo.

—¿Qué crees que pensará? —pregunta, uniendo nuestras narices y dejándome medio atolondrada.

—Eh... que estamos haciendo cosas malas —digo en voz baja.

—Tienes razón, eso no estaría bien porque las cosas que vamos a hacer son muy buenas. —Mis orejas se ponen calientes, voy a hablar, pero sus labios encuentran los míos.

Me besa con desesperación, tanta que gimo por la sorpresa. Lo hace rápido y no me da opción de pararlo, aunque no es que quiera hacerlo, de todos modos. Su beso me ruega más, así que me relajo y le regreso el gesto, no puedo igualar sus movimientos, sin embargo, lo intento. Su lengua toca la mía y me derrite más rápido que el fuego a la cera.

Sé que es demasiado, e incluso sabiéndolo, recorro sus músculos con mis palmas hasta llegar a su cabello empapado. Sumerjo los dedos y lo acerco más a mí.

Ya nos habíamos besado, pero no así, nunca nadie me había besado así.

Quiero pensar alguna tontería para controlar el remolino de emociones, no obstante, no encuentro nada. Solo veo a Shawn. Nos separamos jadeando por la falta de aire.

—Podría besarte todo el día —dice—. Pero quiero comprarte algo y si no nos apuramos van a cerrar la tienda. Date la vuelta.

—¿Por qué? —La verdad es que no quiero soltarlo.

—Porque me pondré la ropa, no puedo salir con la toalla y es muy pronto para que veas más allá de mi torso. —Se está divirtiendo, el muy desgraciado, con mis nervios alterados.

Me alejo y giro sobre mis talones. Entre risitas se cambia, muerdo el interior de mi mejilla y pienso en los granos de Frank otra vez.

Minutos después me toma la mano para salir, mientras caminamos hacia la famosa tienda que lo tiene tan preocupado, pienso en lo que hizo hace rato en la pista. Su padre realmente parecía molesto, la mirada dura que me lanzó me intimidó. No puedo creer que Shawn hiciera algo así, y tampoco puedo creer que pueda soportar a alguien como el señor Price. Es decir, él se esforzó muchísimo y ganó un buen puesto, todos son ganadores, no solo el primer lugar. Supongo que no todos piensan como mis padres.

Nos detenemos en la tienda donde venden todas las cosas de los equipos deportivos de la escuela. Hay gorras, playeras, tazas, plumas y guantes de espuma. Le pide una playera al vendedor después de preguntarme mi talla.

—Yo puedo pagar —me apresuro a decir y voy a sacar la cartera de mi bolso.

No puedo porque Shawn me detiene.

—Es un regalo, tú puedes comprar los helados, ¿qué te parece?

—De acuerdo.

Paga y me la tiende, yo la cojo y, sorprendiéndolo, la pongo encima de mi ropa.

Más tranquilos que antes, llegamos a un puesto de perros calientes. Se burla de mí cuando le quito la cebolla y el tomate, detesto los vegetales porque crujen y me dan arcadas.

—¿Le vas a poner eso? —pregunta horrorizado.

—¡Oye! ¿Qué tiene de malo que le ponga queso y tocino? No sabes del manjar que te pierdes —digo con petulancia antes de girarme y buscar una mesa.

Nos sentamos en una barra. No puedo evitar notar que coloca su brazo en mi respaldo ni que se inclina más de la cuenta.

—¿Cuántos hermanos tienes? —cuestiona.

—Dos, ambos disfrutan torturándome —digo—. Aman hacer mi vida más complicada.

—¿Pentagonitos?

—También.

—¿Y tus padres? —pregunta al tiempo que se lleva su perro caliente a la boca y le da una mordida que parece la de un dinosaurio. ¿Qué demonios? Ya lleva la mitad, quizá su estómago es un hoyo negro.

—Divorciados, papá se hartó de vivir con nosotros. —Aunque procuro no sonar malhumorada, puedo escuchar el enojo en mi voz, Shawn también se da cuenta, limpia sus dedos con una servilleta y me enfoca.

—¿Ya no lo ves?

—No he querido verlo, lo amaba, ¿sabes? Se fue sin decírmelo, nunca se lo voy a perdonar. —Todo sigue doliendo demasiado, no hay día que no lo extrañe y quiera que entre a mi habitación para depositar un beso en mi frente. Ya nunca está, ya nunca entra a cobijarme.

—¿Puedo darte un consejo? —Asiento—. Escúchalo, a veces los padres tienen problemas, no creo que haya querido lastimarte, tampoco a tus hermanos.

No digo nada, me dedico a saborear mi *hot-dog* en silencio. Muchas veces he pensado que estoy siendo injusta con mi padre al ignorarlo, estoy dolida, no sé si algún día deje de estarlo y pueda verlo sin sentir enojo.

Después del platillo principal, vamos por el postre. Dos helados de chocolate. Caminamos por la pista de carreras mientras un montón de personas limpian la basura que otros tiraron.

—¿Ya sabes qué vas a estudiar? —pregunta.

—No. —Suspiro—. No soy buena para matemáticas, tampoco para historia ni lenguas ni biología ni química. Solo hago cosas decentes en artes.

—Mi padre espera que estudie medicina o leyes.

—¿Tú que quieres?

—No lo sé, quizá ingeniería aeronáutica.

Así pasamos el rato, hablando de cosas simples que significan mucho. Le gusta el color verde y las paletas que tienen chicle adentro, las palomitas de maíz con limón y leer novelas de ciencia ficción. Odia usar lentes a pesar de que le aseguro que le quedan bien, por eso solo se los coloca para leer. Incluso se los arrebato y

me los pongo, me mareo al principio, pero me acostumbro y seguimos caminando.

Casi no hago tonterías, y la plástica sale sola, no tengo que pensar mis respuestas y él tampoco. Shawn no es tan inalcanzable como creí, es una persona mortal.

Cuando empieza a anochecer, sabemos que es hora de ir a casa, por alguna razón que no es tan desconocida, no quiero llegar y ver si mi broma funcionó. No es la cosa más original, pero sé que Cecile se volverá loca.

El camino en la motocicleta es genial, de nuevo me pongo delante, esta vez me deja manejar el manubrio, entretanto rodea mi cintura y me ayuda cuando lo necesito.

Se estaciona en casa y me ayuda a bajar. Me acompaña a la puerta, donde nos detenemos para mirarnos.

—Gracias, fue una cita increíble —murmuro. Da un paso hacia mí y me sonrío.

—Gracias a ti.

Se agacha mirando mis labios, estoy desesperada, quiero que me bese de nuevo una y otra vez. Nuestras bocas se rozan cuando escucho que alguien se aclara la garganta.

Shawn y yo nos miramos y nos echamos hacia atrás como si nos hubieran pillado robando. Santo de los jóvenes inocentes como yo, no permitas que mi madre lo invite a pasar y le pregunte hasta qué marca de jabón usa.

Los párpados se pegan a mi frente al encontrarla de pie con el semblante furibundo. La miro horrorizada.

—Oh. —No puedo decir más.

—¿Oh? ¿Eso es lo único que dirás, jovencita? ¿Te gusta mi nuevo *look*? ¡Natalie Drop, parezco una mora! ¡Me miré en el espejo después de tomar una ducha y descubrí que era un pitufo!

Cecile aparece detrás de ella riéndose junto con Frank a carcajadas. La broma habría sido genial si mi madre no se hubiera bañado con el champú de Cecile, donde coloqué tinte azul. Miro a Shawn, quien mira con asombro el cabello azul de mamá.

Dieciséis

NATALIE

Estamos sentados en la mesa y lo único que quiero hacer es carcajearme, quiero tomarle una foto a mamá para subirla a Instagram. Creo que se da cuenta de mi diversión, la cual se esfuma cuando la escucho hablar.

—Así que... ¿tú eres Shawn? —pregunta mirándolo con una sonrisa que aparenta ser inocente; pero no, yo la conozco y es diabólica, está pensando qué hacer para avergonzarme—. Nat me ha hablado mucho de ti.

Mis mejillas deciden que este es un buen momento para convertirse en salsa kétchup. No me puede estar haciendo esto, no planea torturarme de esta manera, ¿o sí? El pobre me mira con lo que creo es preocupación. Haces bien preocupándote, Shawn, creo que no saldremos vivos de esta.

—Espero que sean cosas buenas —dice.

—Definitivamente, aunque no me había dicho que estaban saliendo y eran novios. —La miro horrorizada y escucho la risotada ahogada de Cecile.

Muero de vergüenza, quiero hundirme en la silla y escurrirme hasta llegar a la coladera para esconderme en el drenaje y que las ratas de la alcantarilla se conviertan en mis amigas como en *Blancanieves*. Solo que ahí son pajaritos con plumitas, no animales peludos con ojos rojos. Así de mal me siento.

¿Qué va a pensar Shawn? Tal vez él quiere hacer lo mismo que yo, podríamos fugarnos juntos. No puedo creer que mamá esté haciendo esto, haré huelga de hambre, solo debo prepararme y meter comida debajo de la cama.

—¿No se lo dijo? —cuestiona. Mi cabeza gira tan rápido que creo que podría estar poseída. ¿Qué está haciendo? Estamos saliendo, pero no somos novios—. Vaya... Natalie, ¿por qué no le dijiste a tu madre que somos novios?

La habitación se queda silenciosa, todos miramos fijamente al chico, tal vez ya lo volví loco. No entiendo por qué está diciendo mentiras, luego recuerdo que mi madre vio que estábamos a punto de besarnos y lo comprendo.

—Eh... Lo olvidé —contesto en un murmullo.

—¿Cómo mierdas hiciste para que este chico sexy fuera tu novio? —pregunta mi hermana mirándolo de arriba abajo.

—Es porque yo no luzco como si me hubiera comido una tonelada de murciélagos.

—No, tú luces como si hubieras comido ositos cariñositos. —Abro la boca, indignada, lista para soltar una serie de maldiciones.

—¡Niñas! Tenemos un invitado —gruñe mamá, y ambas cerramos la boca de golpe, ya está lo suficientemente enojada como para que la provoquemos más—. Entonces, Shawn, como ya eres parte de la familia, ¿te gustaría ver las fotografías familiares?

—¡¡No!! —grito, ocasionando que cuatro pares de ojos me miren. Cecile y Frank están más divertidos que cuando ven caricaturas, mi madre me observa con picardía y Shawn con extrañeza, seguro está pensando que estoy

demente—. Shawn ya se va, sus padres lo mandarán a la milicia si llega tarde, ¿verdad?

Espero su respuesta, le ruego con la mirada. Si él ve esas fotos, jamás podré verlo a los ojos de nuevo.

—Por supuesto. —Se pone de pie, suelto el aire—. Ha sido un gusto conocerla, señora...

—Lauren —dice.

—Señora Lauren. Debo irme porque no quiero que mis padres me manden al ejército, espero nos veamos pronto. —Tomo su codo y lo obligo a seguirme a la salida antes de que algo extraño ocurra y termine siendo consumido por mi familia.

Lo saco de la casa y cierro, apoyo la espalda en la puerta soltando un suspiro de alivio.

—Eso estuvo cerca. —Escucho su risita. Sus manos se colocan a los lados de mi cabeza y me encarcela con ellos—. Yo que tú no haría eso, seguro Frank está espiando en alguna parte.

—¿Por qué no querías que viera el álbum? —cuestiona para mi mala fortuna. ¿En serio? ¿Quién es el encargado de la suerte y por qué le gusta cagarse en mí?

—Créeme que no hay nada agradable ahí, te he salvado la vida.

—¿Por qué le pintaste el cabello a tu madre?

—No le pinté el cabello, quería que Cecile se pintara el cabello porque es una bruja —digo malhumorada.

—¿Alguna vez te sale algo bien? —pregunta con diversión.

Sonrío de oreja a oreja y rodeo su cuello con mis brazos. Ni en mis más anhelados sueños soñé que algún día abrazaría de esta forma a Shawn Price.

—Al parecer sí, porque crees que somos novios —susurro.

Sus manos me abrazan con fuerza.

—Podríamos serlo. —Sus palabras me sacan el aire, pero sé aparentar que me queda aliento. Otra vez las malditas mariposas aletean en mi estómago, quizá Cecile tiene razón y comí ositos cariñositos.

—¿En serio? Podrías acabar con el cabello azul si me haces enojar. —Lanza una risita que me hace reír.

—Podría enamorarme de ti para siempre, es tan fácil caer en tus redes, preciosa. —Deja un besito en mi nariz, yo hago una mueca porque quiero que bese mis labios—. Lo siento, pero tu hermano está mirándonos por la ventana y luce como si quisiera apuñalarme con su espada de juguete de *Star Wars*.

Lo busco con la mirada y encuentro a Frank pegado al vidrio, su nariz se ha deformado debido a la presión. Está mirando fijamente a Shawn con el ceño fruncido. ¿Qué le pasa a este?

—Debo irme, tal vez no me metan al ejército, pero sí recibiré un regaño por lo de hace rato. —Asiento y le doy una sonrisa triste al escuchar su timbre melancólico.

Lo observo caminar hasta su motocicleta y perderse en la calle. Cuento hasta diez y respiro profundo antes de regresar a casa.

—Dime que no te trajo en esa maldita cosa —advierte mi madre con tono

mortal. Santísimas alas del ángel, está muy enojada. Su rostro está algo rojo, en serio no quería pintar su cabello de azul, aunque es gracioso.

—¿Y tiene una motocicleta? Mierda, tal vez debería comer tus cereales de colores a ver si se me pega algo —Cecile refunfuña y se sienta enfurruñada en el sillón.

—Mamá, dile a Nat que no puede tener novio hasta los cuarenta. —Observo a mi hermano con la peor de las miradas, se encoge de hombros—. Solo digo que esa motocicleta podría matarte.

Intento explicarle a mi madre que el vehículo de Shawn no es peligroso y también le pido disculpas por lo de su cabello. Se molesta más cuando le cuento que la broma era para Cecile y que ella lo sabía. Así que los tres estamos oficialmente castigados. No podemos salir, no podemos comer postre, no podemos pasar tiempo en la computadora y el televisor... No podemos respirar. Soy una presa.

Lo más espantoso de todo el asunto es que tendré que cuidar en mis días libres a mis adorables hermanos. No digo nada porque parece un toro a punto de atacar, solo la observamos subir las escaleras con ese matorral azul en la cabeza, y entonces estallamos en carcajadas.

El lunes en la mañana encuentro a Jasmine en la misma jardinera de siempre, solamente hay una diferencia, tiene los ojos rojos e hinchados. Acelero el paso porque luce como si hubiera estado llorando.

—¿Qué sucede? —pregunto y me siento a su lado.

Sus ojillos se cristalizan, parpadea varias veces. Tomo su mano y la aprieto.

—Greg y yo peleamos —murmura—. Creo que está viendo a otra chica.

—¿Por qué piensas eso?

—Pasamos menos tiempo juntos, dice que es porque tiene que entrenar, todo el tiempo tiene que entrenar. Ahora siempre está distante, ayer fue a la casa y no hicimos más que ver la televisión, no me dio un beso al despedirse. Su celular tiene contraseña, no es que lo espíe, Nat, pero nunca tuvo una, ¿por qué ahora sí? —Se escucha tan triste. No puedo aceptar la idea de Greg siéndole infiel, yo he visto al muchacho, he visto cómo se desvive por Jas.

Ahora debería preparar mis guantes de boxeo... ¡No! Mejor unas tijeras.

—¿Le has comentado esto? —Sorbe por la nariz, una lágrima sale de su ojo.

—Lo hice, ayer antes de que se subiera al coche. Me mandó a la mierda diciendo que estaba muy cansado como para discutir estupideces. —Suspira—. Le ofrecieron una beca de deportes en una universidad, está tan distinto desde ese día, creo que quiere terminarme y no sabe cómo hacerlo. Ya no sé, no tengo idea de qué está pasando.

Vuelvo a apretar su mano. Nunca he pasado por algo así, me siento como la peor de las mejores amigas. No sé qué decirle.

—Pienso que te estás imaginando muchas cosas, quizá sí estaba cansado por todos esos entrenamientos. Como quiere esa beca se está esforzando y solo piensa en eso.

—Tengo miedo de que cambie, Nat, él jamás me había tratado como ayer.

Aguardamos un momento, el timbre suena. Entramos al instituto y caminamos por el pasillo lleno de estudiantes y casilleros.

—Y él jamás había coqueteado con alguien estando conmigo —murmura.

Al principio no entiendo de qué habla hasta que mi vista cae en un Greg sonriente que permite que una chica se le acerque demasiado y apriete su brazo. Idiota.

Tomo una cubeta que encuentro en el baño de chicas y trago saliva. Respiro profundo antes de entrar a uno de los cubículos.

Ese pequeño renacuajo va a conocer la furia de Natalie Drop, me dará las gracias, ya que he decidido no recurrir a la violencia, solo ayudaré a darle una ducha... con agua sucia.

Sumerjo la cubeta en el retrete, una mueca de asco se apodera de mi rostro. Miro hacia otro lado o terminaré vomitando. Ugh. A ver si después de esto le dan ganas de ir coqueteando por ahí con chicas que no son Jasmine.

Con el recipiente lleno de agua de caño, salgo del baño mirando hacia todas partes como si fuera una espía. Incluso creo que puedo escuchar la canción de la pantera rosa. Me pego a la pared y me escondo detrás de un casillero, asomo mi ojo y lo veo ahí, sacando sus libros.

Ahora verás, culo suelto que juega a fútbol.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta una voz, salto del susto.

Me giro sobre mis pies y contemplo a Harold, quien me observa con diversión.

—Eh... —Pienso alguna excusa rápidamente. Vamos, neuronas, bailen un tango, jueguen ping pong, espabilense—. El suelo está demasiado sucio, voy a trapear y echarle una mano a Juls.

Juls es la conserje de la escuela, tiene un lunar en el ojo derecho. Muchos alumnos se burlan de ella y le ponen apodosos estúpidos, pero es una buena persona.

—No soy Shawn, no creo tus cosas locas, soy inmune desde que me arrojaste esa cosa —dice. Cuando nos pusieron como compañeros en el laboratorio sufrimos un accidente. Se me resbaló el tubo de ensayo y cayó en sus pantalones, le dije que no ocurriría nada, pero le salió urticaria y no asistió a clases por dos semanas.

Observa el entorno y frunce el ceño cuando ve a Greg con una linda pelirroja que menea las caderas en un pantalón entubado. Me dan ganas de agarrarla de los cabellos y hacer té de Jamaica con ellos. No es que me guste agredir a los demás, aunque en mi mente puedo hacer lo que se me antoje, tampoco me agrada que lastimen a las personas que amo.

—¿Qué mierdas está haciendo ese sujeto? —Eso mismo me pregunto yo.

Los dos mencionados pasan frente a nosotros: ella ni se inmuta y él evita el contacto visual. Eso, deberías temerme.

El timbre suena, veo el momento exacto en el que Jas sale de su aula de clases y ve a su novio con esa chica, se le queda mirando y se da la vuelta.

Quiero ir a consolarla, quiero apretar su mano y decirle que todo estará bien. Luego me percaté de que Harold ha visto lo mismo.

Sonrí con malicia, escuchando al diablito que juega con su cola en uno de mis hombros.

—La pregunta aquí, Harold, es: ¿cuánto te tardarás en ir a abrazarla? —Le doy unos golpecitos en la espalda y olvido la cubeta, perdiéndome en el pasillo repleto de estudiantes.

—¿Salimos hoy? Quería enseñarte más trucos matemáticos —murmura Shawn a mi costado. Estoy guardando mis útiles en el casillero.

—Sí, claro, matemáticas. —Giro los ojos y sonrío como una boba. Se inclina un poco hacia mí.

—Quizá unos cuantos sobre besos —susurra para que solo yo lo escuche. Miro el suelo para ver si no me he derretido o tal vez es para escapar de la intensidad de sus ojos oscuros que me envuelven y me hacen soñar con cosas que nunca van a ocurrir.

—Lástima, galán, este mes no puedo ir a ninguna parte, soy niñera esta y muchas noches más. Mamá tiene turno nocturno.

Detesto que esto pase, porque me toca sufrir un infierno en casa, lo único bueno de que mamá sea enfermera es que recibimos medicinas gratis. Viéndolo de otra forma, no hay nada bueno.

—Lástima —murmura con una sonrisa de lado que me hace entrecerrar los ojos. Creo que está planeando algo, pero no puedo asegurarlo.

Entro al gimnasio sintiéndome como una guerrera. Tomo una pelota de una cesta y lo busco entre el montón de jugadores. Camino con pasos decididos con un castaño de ojos azules en la mira. La violencia ha ganado, no puedo simplemente ignorarlo, soy algo así como *Bellatrix* y la pelota es mi varita. Todos alguna vez necesitamos ser malos.

—¡Fisher! —grito, provocando que detengan el calentamiento de golpe. Rezo mentalmente para no fallar el tiro, si sale mal será muy vergonzoso. Por favor, por favor, universo, no te pido más que destrozar las pelotas de un cretino, casi nada. Arrojo la esfera hacia él, quien se ve sorprendido de verme ahí y no tiene tiempo de reaccionar. El balón sale volando y se estampa perfectamente en sus partes bajas—. ¡Vete a la mierda!

Ojalá se quede sin descendencia y le haga un favor al mundo. Esa debería ser mi campaña para acabar con los infieles. Salgo del sitio escuchando la mejor canción de todas: silbidos, risas y burlas, unos cuantos quejidos también.

Llego de trabajar a las seis en punto, mamá me da un beso en la frente y me

desea buena suerte antes de irse en su auto. ¿Suerte? ¿En serio? Esa es mi enemiga número uno.

Escucho el sonsonete del videojuego de Frank, las naves espaciales colisionan y crean estruendos. Después llega hasta mis oídos la música satánica de Cecile. ¿Qué es esto? Dios, ¿por qué mi vida es tan complicada? ¿Cómo demonios voy a hacer mi tarea de arte con esta orquesta?

Sin más remedio, me escabullo a la mesa de la cocina ahora que puedo, en cuanto les de hambre me harán la vida miserable. Saco una hoja en blanco. Hago la silueta de una estrella y escribo lo primero que se me viene a la cabeza.

«Una estrella apareció en el cielo,
rodeada por picos de fuego.
Una estrella no duerme y me mira,
cuida las noches de cada esquina.
Una estrella brilla en la oscuridad,
llega cuando el sol se va.
Una estrella amarilla me dijo un secreto,
quiere pintar de colores sus sueños.»

Muy bien, no sé qué mierdas estoy haciendo, pero me niego a pensar más. El timbre suena, me apresuro a levantarme cuando escucho que alguien abre la puerta.

—¿Tú que haces aquí? —pregunta Frank con hostilidad. Me asomo, abro los párpados con asombro. Shawn está ahí parado con una sonrisa y una caja de pizza.